

Enverso

REVISTA POÉTICA DEL ATENEO DE JEREZ

Nº4 Diciembre 2.025



TOMÁS HERNÁNDEZ MOLINA

El mar por vez primera

AMALIA BAUTISTA

Invitación al viaje

DIEGO ROEL

Agua y luz

Imagen: [#mariaortegestepa](#) 

ÍNDICE

Presidente del Ateneo
Gustavo A. Cordero

Coordinador
sección poesía
Patrizio Pérez

Director, curador,
diseño y maquetación
Sergio M. Moreno

Imagen de la portada
María Ortega Estepa

Consejo de redacción
Francisca Cortés
Isabel de Rueda
Francisco J. Márquez
Manuel Saborido
Carmen Saiz
Maribel Tejero
Patrizio Pérez

Colaboraciones
Felipe Benítez Reyes
Juan F. Sánchez
Manuel Bernal
Javier Gilabert
Jesús Beades
Julen Carreño
Isabel Halo
Pilar Roselló
Manuel J. Pacheco
Pilar Pardo
Sandro Luna
Marcos Díez
Pedro Sánchez Sanz
Rosario Troncoso
Hilario Barrero

Edición y administración
Asociación Cultural
Ateneo de Jerez
Calle San Cristóbal, 8
11.403
Jerez de la Frontera
info@ateneodejerez.es

ISSN: 2794-039X

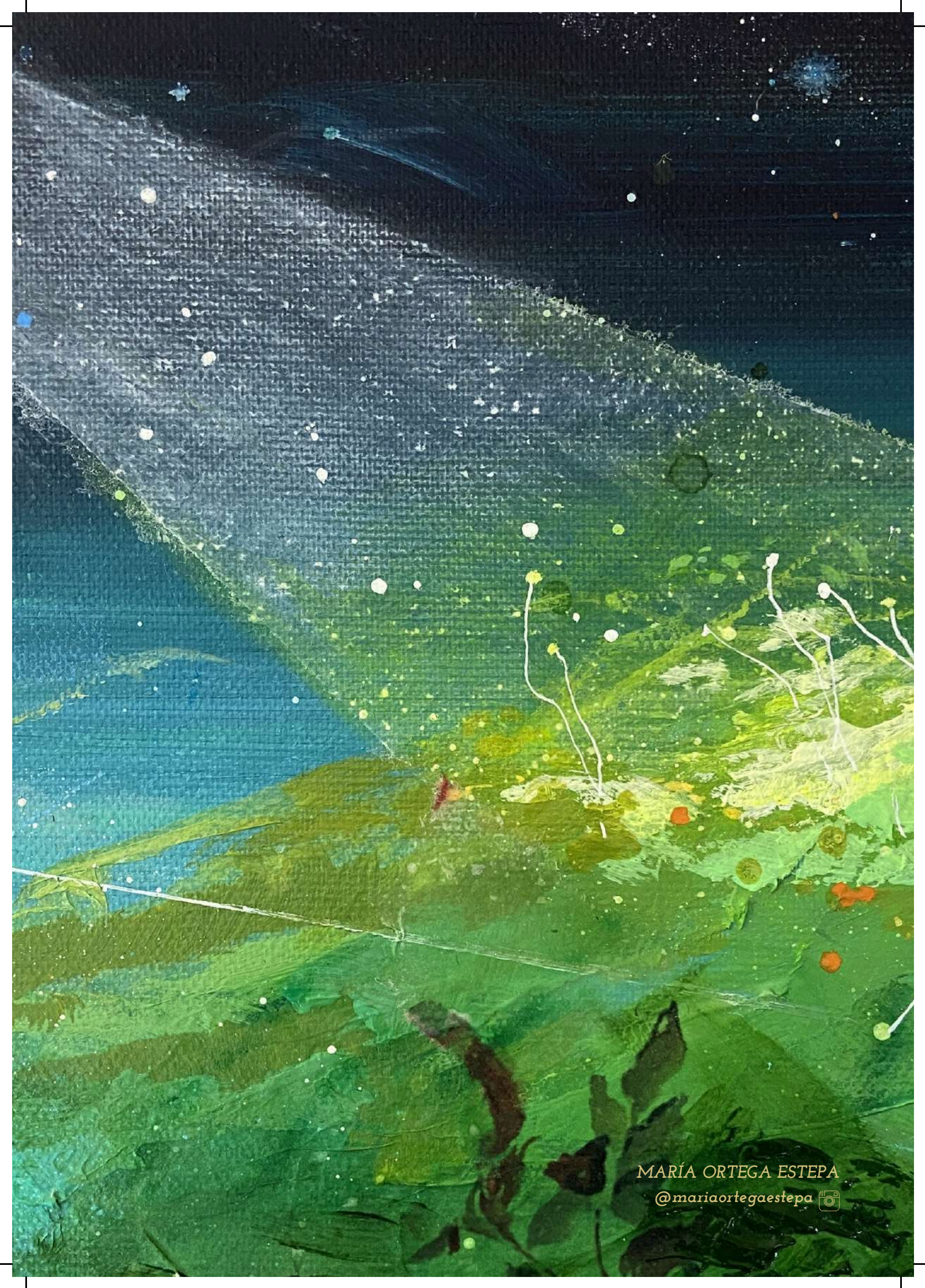
EnVerso no se hace responsable
de las opiniones personales
vertidas por sus colaboradores.

- *Editorial: ¡Al abordaje!* Sergio M. Moreno Pág. 4
- *Saluda.* Felipe Benítez Reyes Pág. 6
- *Una invitación a lo invisible.* Francisco J. Márquez Pág. 8
- *Los dos pueblos de Julio Mariscal.* Juan F. Sánchez Pág. 12
- *Los infinitos mares del 27.* Manuel Bernal Pág. 16
- *Alfonsina Storni y el mar.* Carmen Sáiz Pág. 20
- *El mar por primera vez.* Javier Gilabert Pág. 24
- *La poesía y el Scotch-Brite.* Jesús Beades Pág. 28
- *Caballero Bonald. Lector y navegante.* Isabel De Rueda Pág. 32
- *De diques, olas y personas.* Julen Carreño Pág. 36
- *Diego Roel: el agua y la luz.* Sergio M. Moreno Pág. 40
- *Haikus.* Isabel Halo y Pilar Roselló Pág. 43
- *Un edificio sobre el mar.* Patrizio Pérez Pág. 46
- *El amor en el Siglo de Oro.* Manuel J. Pacheco Pág. 50
- *En los mares de Rubén Darío.* Pilar Pardo Pág. 54
- *La poesía de Pedro Flores.* Sandro Luna Pág. 58
- *La vida del poema.* Marcos Díez Pág. 62
- *El paso de las ballenas.* Pedro Sánchez Sanz Pág. 66
- *El mar de Julio Rivera Cross.* Maribel Tejero Pág. 70
- *Confesión.* Francisca Cortés Pág. 74
- *Colofón.* Hilario Barrero Pág. 78
- *El arte de EnVerso lo ponen...* Artistas colaboradores Pág. 79



MARÍA ORTEGA ESTEPA

@mariaortegaestepa 



MARÍA ORTEGA ESTEPA
@mariaortegaestepa 



EDITORIAL: ¡AL ABORDAJE...!

SERGIO M. MORENO

@sergio.m.moreno 

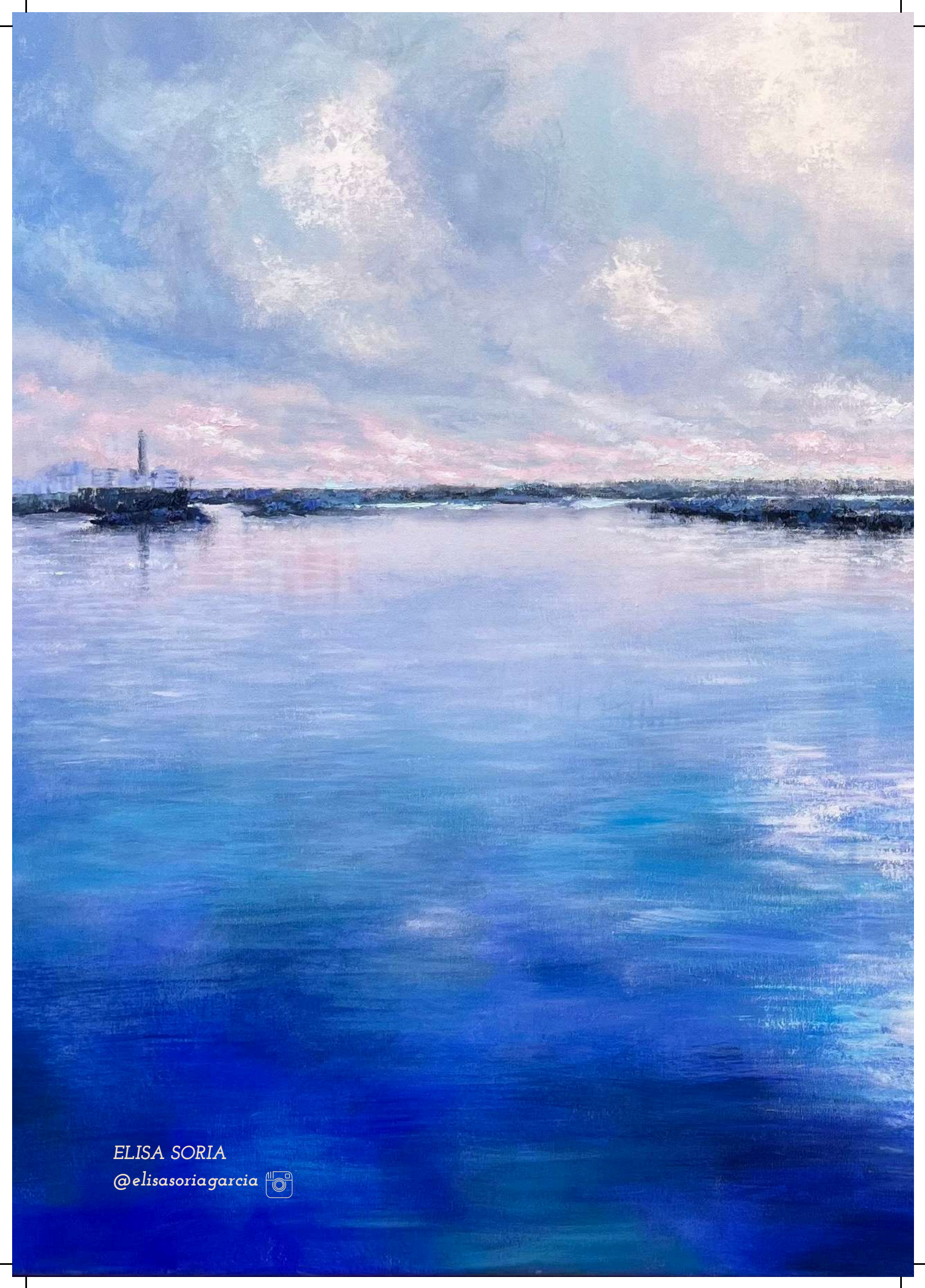
Fotografía: @jccarrasco

Como resultado del empeño de una tripulación apasionada, del trabajo constante y del amor por el arte y la poesía, contra viento y marea, llega a buen puerto esta quinta entrega de *EnVerso*. Un número nacido con la intención de proponer el mar como punto de encuentro, de salpicar salitre y espuma con sus palabras y ensalzar ese azul que nos une como orillas, enlazando nuestras vidas y nuestros versos.

El viaje nos llevará, de manos de los colaboradores y colaboradoras que hacen posible este crucero poético, del Cádiz de los fenicios a las playas de Buenos Aires y a la ribera del East River bajo el puente de Brookling, pasando por nuestra vecina Málaga, las costas tropicales de Granada, la siempre bella Murcia, Huelva, Galicia, Santander... e incluso tierra adentro, conectando voces y miradas. Llegando allá donde el mar se vive como un recuerdo, una ilusión o una esperanza.

Estos casi cuatro años de travesía nos han curtido la piel y nos han hecho conscientes de la necesidad de abrir nuestras miras y explorar el horizonte. De este modo, un proyecto que comenzó siendo humilde y localista, apenas una barquita varada en una duna, ha terminado por convertirse en una verdadera vía de conquista y descubrimiento, en una publicación con nombre propio en los extensos mares de nuestras letras hispanas.

Quien se acerca a *EnVerso* lo hace comprendiendo la dificultad que entraña una publicación de estas características en una ciudad como la nuestra, siempre con la mirada puesta en otras cosas. Experiencia que, en la misma medida nos hincha el pecho y nos quema las manos. No sé si estas serán mis últimas palabras como director; la piratería aporta tanto placer como sacrificio exige y todo capitán se gana su descanso. En fin, ya lo dijo Corretjer: «sabe el hombre dónde nace y no dónde va a morir». Por eso ahora, «viento en popa a toda vela», saltemos al abordaje de estas páginas y pongamos el corazón en el azul de sus evocadores mares, siempre tan rebosantes de arte y de poesía.



ELISA SORIA

@elisasoriagarcia 



Fotografía: @manu_garcia_foto

SALUDA:

UNA POSTAL DESDE ROTA

FELIPE BENÍTES REYES

@felipebenitezreyes 

POSTAL

*Quien navega conoce la razón insondable
que une tiempo y espacio. Se parece a la nada
la extensión de estos verdes reflejos de metales,
se equipara al vacío el confín de las aguas.*

*Los barcos se dirigen siempre a ninguna parte,
como nosotros mismos, desde un puerto fantasma.
Zarpen de donde zarpen, siempre serán errantes.
Lleguen a donde lleguen, tocarán tierra extraña.*

*El mar es un secreto guardado bajo llave.
Nos llama desde el fondo su tiniebla callada.
Quien navega conoce la razón insondable.
Quien navega comprende la razón de la trama.*

*Felipe Benítez Reyes
Poema inédito (2025)*


«¿Cuándo iremos al mar,
tú yo, juntos y solos?»

AMALIA BAUTISTA



UNA INVITACIÓN A LO INVISIBLE

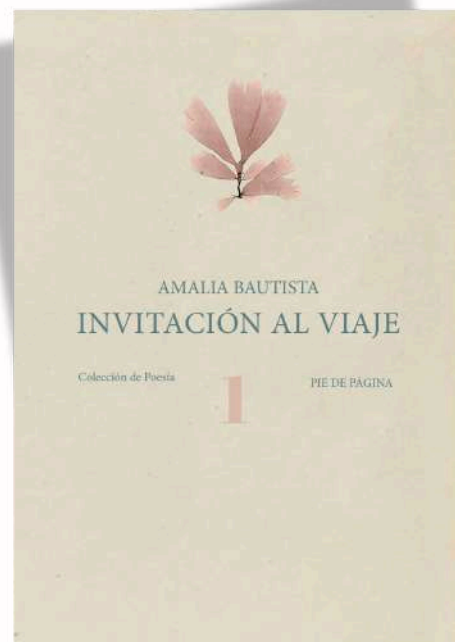
FRANCISCO J. MÁRQUEZ

@sinlefador 


Amalia Bautista nos ofrece en *Invitación al viaje* (2025) un poemario que no es simplemente un recorrido emocional, sino una travesía íntima y sincera hacia el interior de uno mismo. Esta obra, delicadamente editada por la Asociación Pie de Página, recoge una voz poética que, sin artificios, invita al lector a mirar dentro, donde el verdadero viaje acontece.

Desde el primer poema, “Enigma”, se presiente el tono del trayecto: una mezcla de vulnerabilidad, revelación y asombro. El amor, tantas veces arma de doble filo, se convierte aquí en una experiencia desgarradora: «Conozco ya tu oficio: / lanzador de cuchillos. Has lanzado / contra mi corazón el más certero». No hay heroicidad en el sufrimiento, sino una aceptación serena de lo que el alma va descubriendo a su paso.

Este viaje introspectivo es también una deserción, como en “La renuncia”, donde la protagonista se aleja del ruido y las máscaras sociales para abrazar una soledad casi mística: «Hice a todos / creer que estaba loca. Me internaron / en el mejor lugar y desde entonces / soy feliz entre tanta pared blanca». Lo que puede parecer derrota es, en realidad, una forma callada de salvación.



Bautista traza un mapa emocional hecho de pérdidas, hallazgos y revelaciones cotidianas. En “La vida responsable”, ironiza con las exigencias modernas que encorsetan los sueños más puros: «Me gustaría permitirme el lujo [...] de quererte con locura». El deseo, la ternura y el cansancio de vivir confluyen en poemas donde la humildad del lenguaje se vuelve empoderamiento.



El amor en este libro no es un destino, sino el camino mismo. A veces idealizado, como en “Cuéntamelo otra vez” («es la historia más bella que conozco»), otras veces desmitificado, como en “Caperucita Roja II”, donde el lobo ya no asusta, sino que advierte: «Al otro lado de este bosque, niña, / sólo espera la casa en la que mueres».

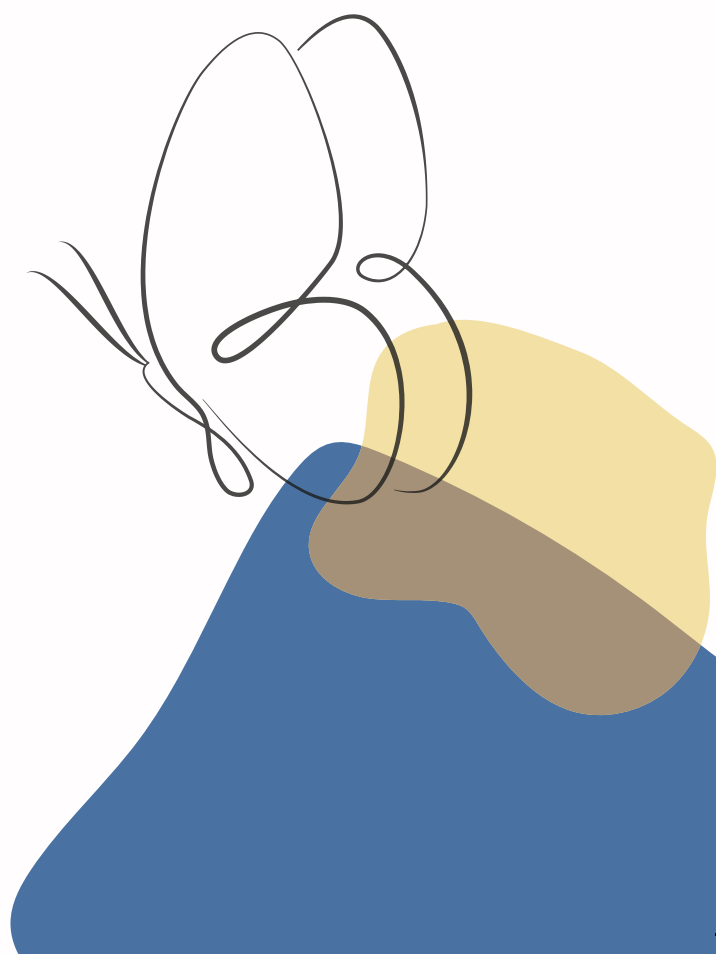
La poeta articula su universo con símbolos poderosos —el mar, el puente, la noche— que reflejan estados esenciales. El poema que da título al libro no solo plantea una pregunta romántica, sino existencial: «¿Cuándo iremos al mar, / tú y yo, juntos y solos?» Es el anhelo de un encuentro verdadero, no sólo con el otro, sino con uno mismo.

Como en los versos de San Juan de la Cruz o Teresa de Jesús, Bautista convierte la experiencia interior en territorio poético. Pero a diferencia de los místicos, su búsqueda no es trascendente, sino radicalmente humana, donde habita la más veraz de las metafísicas.

Uno de los momentos más conmovedores del libro es el poema “Eco”, en el que Bautista transforma una escena doméstica en un recorrido emocional de gran calado. La marcha de las hijas —ese otro tipo de viaje, silencioso y definitivo— deja tras de sí una ausencia que ni Google, ni la RAE, ni la Wikipedia pueden explicar. En esa búsqueda frustrada por entender lo que se siente cuando una habitación queda vacía, la poeta pone en evidencia que hay despedidas que no caben en las palabras.

El eco que resuena no es solo el del amor materno, sino el del desconcierto ante una transformación inevitable: la de ver partir a quienes fueron parte de una geografía íntima. Así, Bautista vuelve a recordarnos que todo viaje verdadero —también el de ser madre— implica una pérdida, y que la poesía es el lugar donde esas pérdidas encuentran al fin su forma.

Al final, *Invitación al viaje* nos recuerda que el mayor viaje no es el que nos lleva lejos, sino el que nos confronta con lo más íntimo. Esa andadura donde se cruzan el amor, el dolor, la memoria y la esperanza. Porque no hay viaje más arriesgado —ni más necesario— que habitarse por completo.

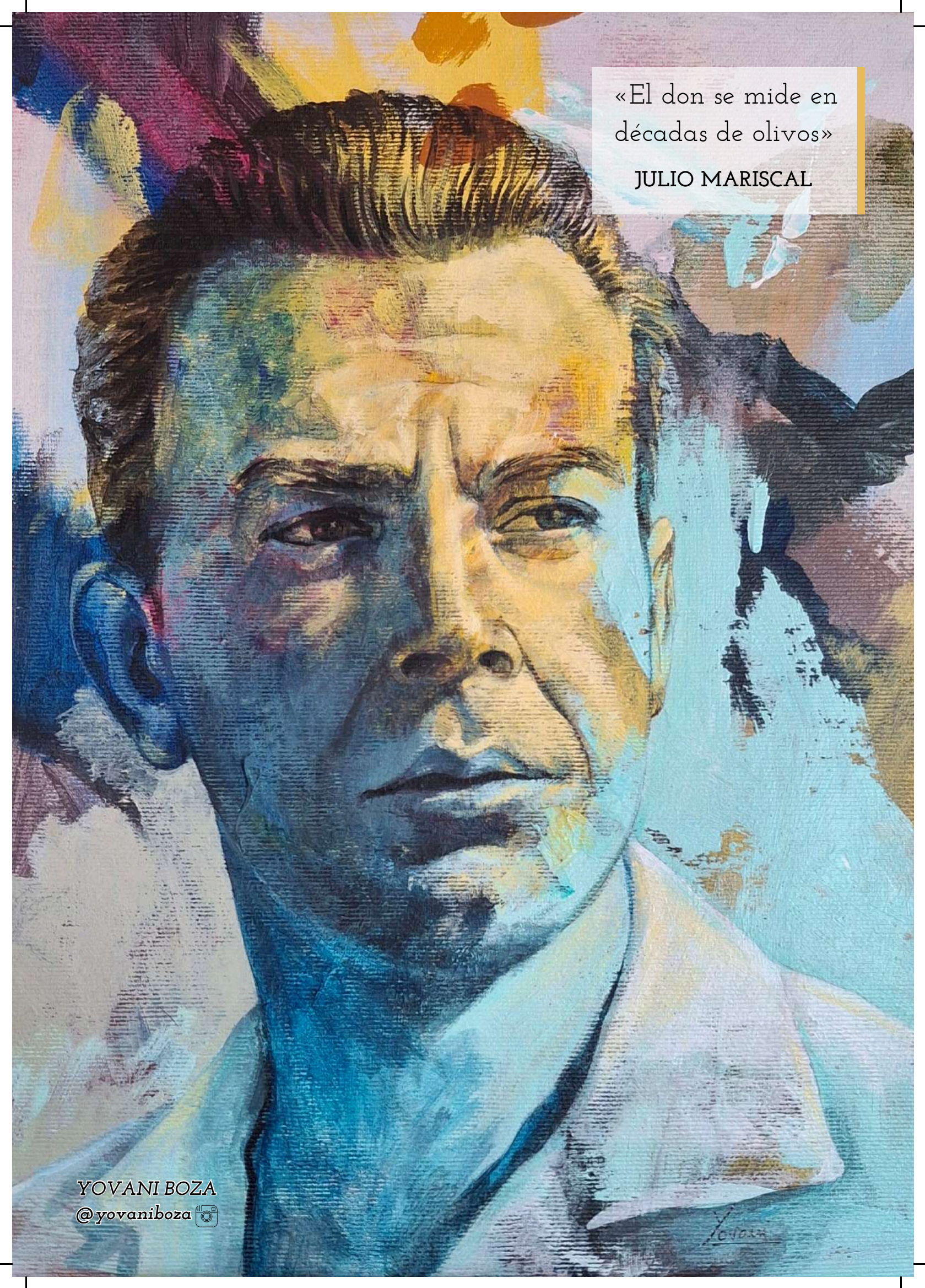


INVITACIÓN AL VIAJE

¿Cuándo iremos al mar,
tú y yo, juntos y solos?
¿cuándo podremos ir al mar?, ¿podremos?,
¿iremos algún día tú y yo al mar?
No conozco la arena entre tus dedos,
ni el olor de la crema protectora en tus hombros,
no he escuchado contigo el rumor de las olas,
ni he besado la sal en nuestros labios.
No sé lo que es quedarse
a tu lado en silencio mirando el horizonte.
No he visto el mar contigo.
No sé lo que es el mar.

Amalia Bautista,
Invitación al viaje
(Pie de Página, 2025).





«El don se mide en
décadas de olivos»


JULIO MARISCAL

YOVANI BOZA
@yovaniboza 

Yovan

LOS DOS PUEBLOS DE JULIO MARISCAL

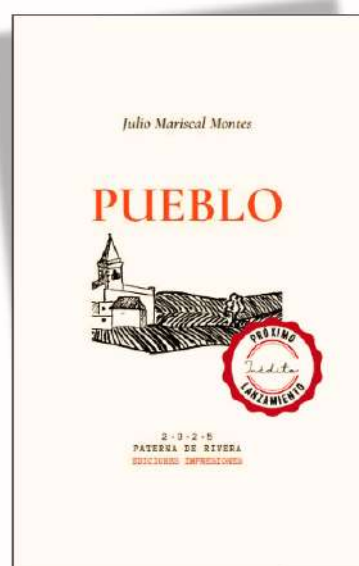
JUAN F. SÁNCHEZ

@juan_de_paterna 

Decía Julio Cortázar en aquella mítica entrevista en el programa *A fondo*, conducida por Joaquín Soler Serrano, que la casualidad a veces hace las cosas muy bien. Una conjunción de azares propician ahora la publicación de *Pueblo*, de Julio Mariscal, libro inédito que ve la luz 45 años después de que, de manera póstuma, se publicara *Aún es hoy* (1980), el último libro íntegramente original del autor arcense.

Y aparece este *Pueblo* bajo el sello más que humilde de Impresiones, mediante el que nuestra asociación hace ver la luz a su cuarto libro, tras *El libro de los elogios*, de Andrés Carmona; *Rufino de Paterna, poeta. Letras de toda una vida*, de Rufino García Cote; y *Furia andaluza. La Petenera*, de Clément Lépidis, este último junto a Ediciones Colombre.

Julio Mariscal fue un poeta, como sostiene Pedro Sevilla (quien firma el prólogo del libro), muy ligado a la tierra. Y no es casualidad que sus dos pueblos, como Pedro declara, sean Arcos de la Frontera, el de nacimiento y Paterna de Rivera, el de adopción.



En Paterna de Rivera vivió, se integró con sus gentes, participó activamente en su vida cultural (Semana Santa, flamenco y educación), y hasta amó. De esa convivencia y de esa connivencia con el jornalero denostado, con la muchacha inocente, con el quinto que sale por primera vez de las fronteras de su tierra... surgen las veinte preciosas piezas que ya forman parte de nuestro acervo cultural. Veinte textos en prosa mediante los cuales homenaja a la tierra que le dio cobijo, como si sintiese una deuda para con ese Macondo espiritual donde encontró la paz, en una vida frecuentemente asaltada por inmensas contradicciones interiores.

Una prosa, por otra parte, que, como no podía ser de otra forma tratándose de Mariscal, rezuma poesía por los cuatros costados, y que la casualidad, unida a la creencia firme en don Julio como uno de los grandes activos culturales de nuestro pueblo y, por supuesto, la confianza y el beneplácito de sus familiares directos en el proyecto: Aurelio Sánchez Mariscal y Manuel Sánchez Ortiz de Landaluce, posibilita hoy que esta pequeña joya literaria salte a la palestra de novedades editoriales.

Supone su publicación la evidencia de que ya no es posible hablar de Julio Mariscal sin hacer referencia a Paterna, ese lugar en el cual fue Hermano Mayor de la Hermandad de la Soledad, donde recibía las visitas de Fernando Quiñones, Gerardo Diego o Gloria Fuertes, entre otros escritores de la época, en el que recibía cartas de infinidad de colegas literatos como Manuel Mantero, Aquilino Duque o del mismísimo Rafael Alberti.

Un paraíso para su retiro donde se le dejó ser y hacer, lo cual no le impidió empatizar, como decíamos arriba, con el débil, el desvalido, el sometido a “la bota enorme del cacique”, como él mismo escribe. Y allí, con una vitalidad creadora tajante (pese a lo que han escrito algunos de sus críticos), surgen libros tan relevantes como *Tierra de secanos* (1962) o *Tierra* (1965), y encuentra un caldo de cultivo flamenco que le hace inmensamente feliz.

En *Tierra de secanos* encontramos poemas tan estremecedores como “El pueblo” o “Los hombres”, poemas que casan perfectamente con algunos de los fragmentos de la mejor prosa poética del libro *Pueblo*.

Él quiso pagar esa deuda contraída con Paterna, aunque Paterna no se la reclamase, dejando para la posteridad el retrato lírico de una población de la Baja Andalucía de posguerra.

Y hoy es Paterna quien impulsa la publicación de este libro, aunque él, que tan repentinamente nos dejó, no tuvo tampoco tiempo a solicitar un pago por unos servicios tan valiosos: como maestro, como poeta y como propiciador de un repunte del flamenco a través del empuje a unos jóvenes cantaores que despuntaban (principalmente “El Perro de Paterna”, Rufino de Paterna y “El Niño de la Cava”) y a la creación, por parte de algunos de sus alumnos, como Serafín Galán, de un Concurso Nacional de Cante por Peteneras, que pervive hasta hoy y que goza de fama internacional.

Es una alegría, por tanto, que se vuelva a oír la voz de Julio Mariscal a través de este *Pueblo*, y que todos los amantes de su obra podamos volver a verlo pasear por las calles de Paterna. A escuchar el eco de unos pasos que, aunque nunca se fueron, vuelven a resonar de nuevo con más fuerza que nunca.

LOS HOMBRES

*Estos hombres
duros como un romance de Federico,
que pasan de la esteva a la baraja
y escudriñan el cielo
barajando tormentas y fanegas...*

*Estos hombres de lentas discusiones
que conocen los años de la encina
y calculan a ojo
las arrobas de carne de un rebaño...*

*Estos hombres de Iberia,
tierra de paso tan enorme y sola...*

*Yo he visto los crepúsculos cruzados
por estos hombres andariegos; he sido
crepúsculo yo mismo para, oscura,
su palabra evadirse de la tarde.*

*Yo he visto la amapola
deshojarse, menuda, en su pupila,
mientras el río era
jornalero en sus ansias de hortelanos...*

*Yo he visto el campanario con cigüeña
clavándose en el cielo de las doce,
mientras ellos buscaban
viento o calma propicia en la veleta.*

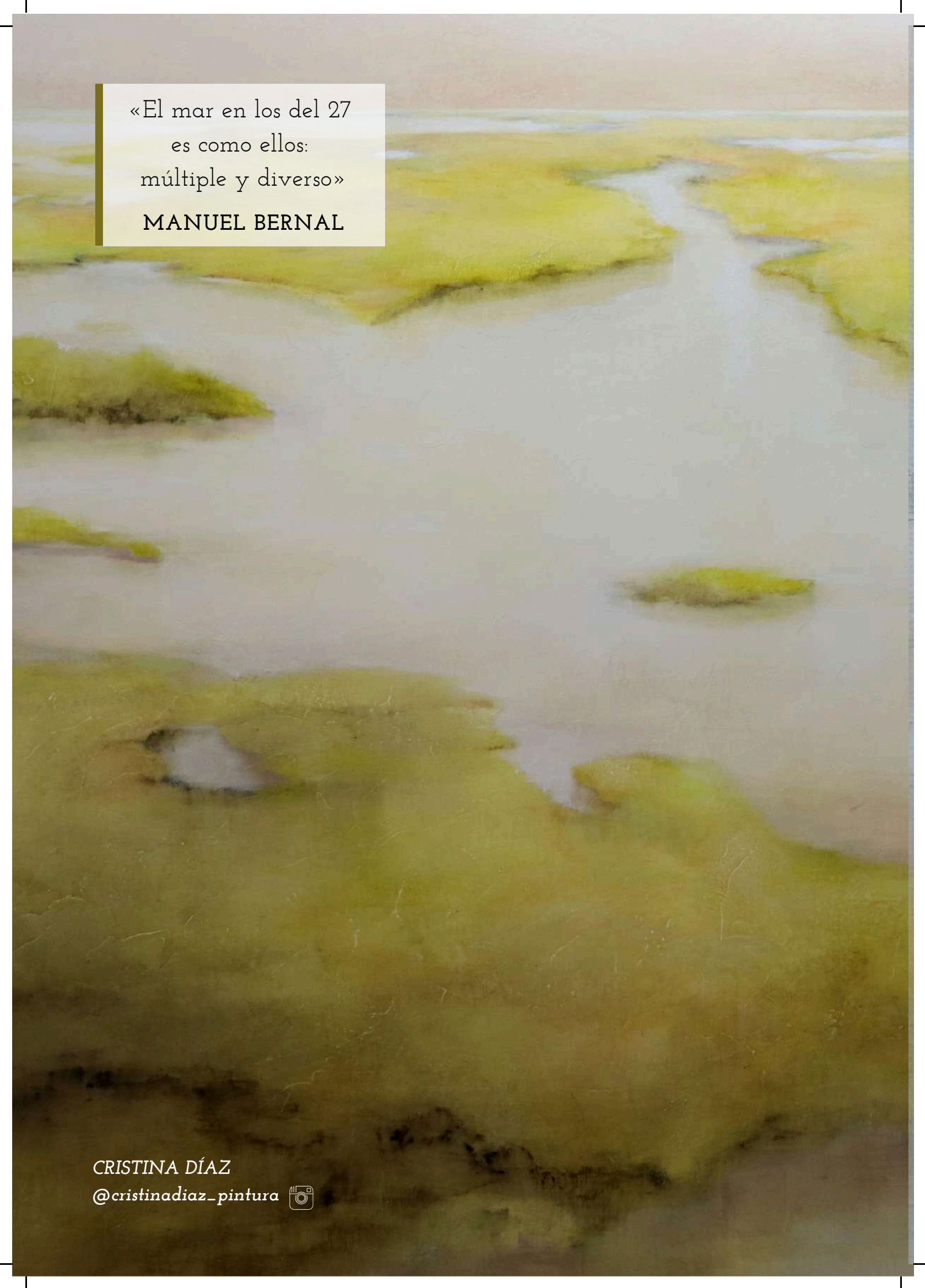
*Yo he visto todo eso y es terrible
pensar en estos hombres trasudados,
muertos para la flor y para el mundo
que se salga del pan de cada día.*

*Pero es aquí, en Iberia,
tierra de paso tan enorme y sola,
y un pueblo sin telégrafos en donde, todavía,
el "Don" se mide en décadas de olivos.*

Julio Mariscal

Tierra de secanos, 1962


(Poesía completa. Isla de Siltolá, 2014).



«El mar en los del 27
es como ellos:
múltiple y diverso»


MANUEL BERNAL

CRISTINA DÍAZ

@cristinadiaz_pintura 



LOS INFINITOS MARES DEL 27


MANUEL BERNAL
@Manuel Bernal 

A veces pensamos que en poesía los elementos tienen un valor unidireccional, de símbolo. Pocas veces es así, aunque la crítica y la docencia buscan esa uniformidad que garantice una comprensión casi siempre recreada. Cuántas interpretaciones se dieron al verso de Miguel Hernández “Me tiraste un limón, y tan amargo”, hasta que Josefina Manresa, su mujer, aclaró que de metáfora nada, que fue real, que ella le tiró un limón a la cabeza siendo novios porque él se intentó pasar de...

En el 27, que es donde navegamos, “el mar” no responde a un rostro ni a una sola cara. Puede ir desde el deseo en Los amores prohibidos de Luis Cernuda a la crítica social en Belleza cruel de Ángela Figuera Aymerich, desde la introspección y consuelo en La voz en el viento de Ernestina de Champourcín a la nostalgia del paraíso perdido en Rafael Alberti en Marinero en tierra. Es caos y desconcierto en Poeta en Nueva York para Federico García Lorca y antesala de libertad y vitalismo en las Canciones de mar y tierra de su amiga Concha Méndez.

Es certeza cósmica en Espadas como Labios para Vicente Aleixandre y desesperante amor en Pez en la tierra para Margarita Ferreras, es paisaje urbano para Adriano del Valle en “A Napole” o vestimenta marina y frontera oceánica para Josefina de la Torre en Poemas de la isla. Se hace silencio y conexión íntima en Durante este tiempo de Elena Martín Vivaldi y se convierte en abismo interpersonal en Llanto en la sangre de Emilio Prados. Y así podríamos seguir por el universo sin fin, porque el mar en los del 27 es como ellos: múltiple y diverso, corazón y metáfora recurrente, imagen que se repite pero que huye de encasillamientos para regodearse en todos los mundos y miradas posibles.

Hay poetas netamente marinos porque nacieron donde los mares toman nombres, pero no tiene en ellos más presencia que en los restantes. Quizás sí hubo una referencia inexorable: Málaga, la ciudad del paraíso en Aleixandre o el territorio de la ilusión para Cernuda. Allí nacieron la editorial y la revista que dieron, de la mano de Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, alas a tantos amigos.



En la imprenta Sur, como iniciativa editorial o como autoedición, tomaron forma muchas de las primeras ediciones de nuestros poetas, pero la empresa fue más un río que un mar para los jóvenes ultraístas y para los hijos del remozado popularismo. El océano de libertad y modernidad que serían la ciudad y la revista tuvo su cénit en los números 5, 6 y 7 de Litoral, en los que se unieron, otra vez de manera diversa, la poesía, la música y la pintura, de Gerardo Diego a Pablo Picasso o Manuel de Falla, con la partitura autógrafa del poema Córdoba de Góngora, referente de aquellas páginas ya historia sagrada.

Diez años más tarde nada sería igual. Los generales habían roto España. En una instantánea de excepción corren de la mano por las playas de Valencia Víctor Cortezo, Blanca Pelegrín, Luis Cernuda, María del Carmen García Lasgoity, Manuel Altolaguirre y Carmen García Antón. Semidesnudos, a la usanza de los bañistas, hacían un alto en el camino durante la celebración en el verano de 1937 del Congreso de Escritores Antifascistas. La guerra nos estaba devorando y era necesario permanecer juntos.

No habrá mejor resumen de la relación del 27 con el progreso y el mar que esta fotografía: las risas, la decisión, la sensualidad y la mirada al frente son una interrogación al espectador de ahora, inmunizado por la barbarie de los tiempos actuales y por todas las guerras y hambrunas que hemos normalizado.

Después todo se fue llenando de sangre. Y la poesía cruzó el océano mientras en las playas ibéricas gangrenaba una herida que tardaría cuarenta años en curarse. Ya nada sería igual y en los destierros de dentro y fuera se murieron los poetas. Muchos de los ausentes no volvieron. Ni ellos ni ellas. Con mar o sin él les debemos tanto, incluso en la impostura, que en sus puños y letras todavía hoy descubrimos los tesoros de nuestra lengua. ¿Pero fue el mar o fueron ellos y ellas?



NECESITO ARENA

*Necesito arena,
Un poco nada más.
La que cabe en la palma de la mano.
Pero ha de ser limpia, suave, seca,
sin conocer orillas ni marcas,
ignorando pisadas y desnudos.
Sin voces ni ruidos.
Que no sepa de peces ni de ahogados,
ni del rumor de caracolas.
Sin tortura de ramblas.
Blanca y pura arena, recogida con cuidado.
Sola.*

María Cegarra Salcedo,
Cada día domingo
(*Poesías completas*. Ed. Regional de Murcia, 1986)

«Llévame para siempre
sin rumbo ni distancia»

ALFONSINA STORNI


FERNANDO TORO
@fernandotoropintor 



ALFONSINA

STORNI Y EL MAR

CARMEN SAIZ NEUPAVER

@karmen.saiz 

Mirar el mar es recordar a una Alfonsina descarnada, un cosmos agitado que estrecha la mano de la poesía, el simbolismo de unas aguas convulsas que la empujan, aún hoy, a ser una huella imborrable en la literatura.

Todavía barrunta el mar en la voz ronca de Mercedes Sosa esa canción icónica de una Alfonsina alejándose entre la espuma de Mar del Plata, pero hoy se encuentra menos sumergida que nunca, a flote en la memoria de todos. Nadie alberga duda de que ese salto al mar en la madrugada del 38 dejaba tras de sí un legado extenso de poesía, prosa y teatro, por todos recordado.

La relación de Alfonsina con el mar en su poética es un idilio mortífero en su imaginario poético, desde sus primeros pasos con “La inquietud del rosal”, hasta el romanticismo desgarrador de “El dulce daño”, Storni se hace con un notorio espacio ante la crítica literaria.

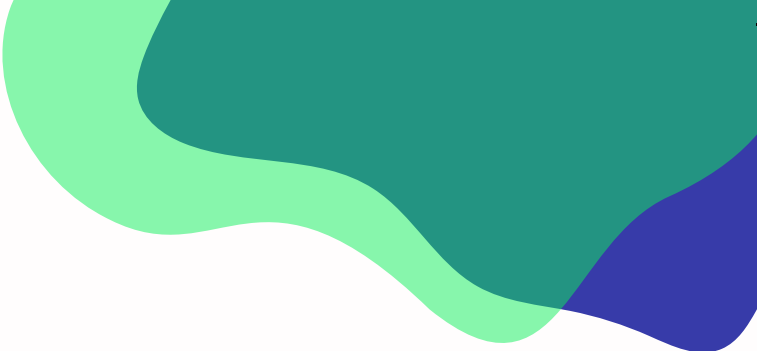
Y tras la imprenta de “Irremediablemente”, esa misma popularidad la arrastra a la neurosis de un abismo anticipado a orillas del Atlántico...

«Llévame para siempre sin rumbo ni distancia», escribía una mujer no desvinculada del mar, en un devaneo más que mortal con una huida premonitrice.

El mar no deja de ser una recurrente invocación en su creación, no puede emanciparse de la escritora argentina sin ser rescatado, por ejemplo, del poema “Yo, en el fondo del mar”, donde escribía: “Y sobre mi cabeza / arden, en el crepúsculo, / las erizadas puntas del mar”.

¿Es posible tal vez reconciliarse con el mar?, cabe preguntarse. Hay muchos naufragos que en el marco de la literatura han atisbado un intento de mediación, un horizonte introspectivo.

¿Acaso el mar no devuelve a sus propios infortunados para orillarlos frente a su beligerante inmensidad?



Es crucial asimilar los dogmas de la naturaleza, entenderse con la conciencia humana desde la serenidad del endecasílabo de Storni, postularse desde el misterio del paisaje con un lenguaje pulcro, no alejado de la oscuridad de su controvertida salud mental pero al mismo tiempo, no exento de lucidez y belleza incuestionable.

Reza la despedida vanguardista de Alfonsina en el último poema, dejando un insondable recado en sus últimos versos... “Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame. / Ponme una lámpara a la cabecera; / una constelación...” / “Si él llama nuevamente por teléfono / le dices que no insista, que he salido...”.

Las otras dos despedidas fueron escritas a su hijo Alejandro, de pura ternura impresa, y a su amigo, el escritor Manuel Gálvez. “No me olviden”, le dijo a éste último. Cuentan que en la habitación de la pensión donde dormía dejó una nota con tinta temblorosa aquella madrugada: me arrojó al mar.

El resto lo conocemos. El mar también lo sabe.

Dolor

*Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;
que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.*

*Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
como una romana, para concordar
con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.*

*Con el paso lento, y los ojos fríos
y la boca muda, dejarme llevar;
ver cómo se rompen las olas azules
contra los granitos y no parpadear;
ver cómo las aves rapaces se comen
los peces pequeños y no despertar;
pensar que pudieran las frágiles barcas
hundirse en las aguas y no suspirar;
ver que se adelanta, la garganta al aire,
el hombre más bello, no desear amar...*

*Perder la mirada, distraídamente,
perderla y que nunca la vuelva a encontrar:
y, figura erguida, entre cielo y playa,
sentirme el olvido perenne del mar.*

Alfonsina Storni

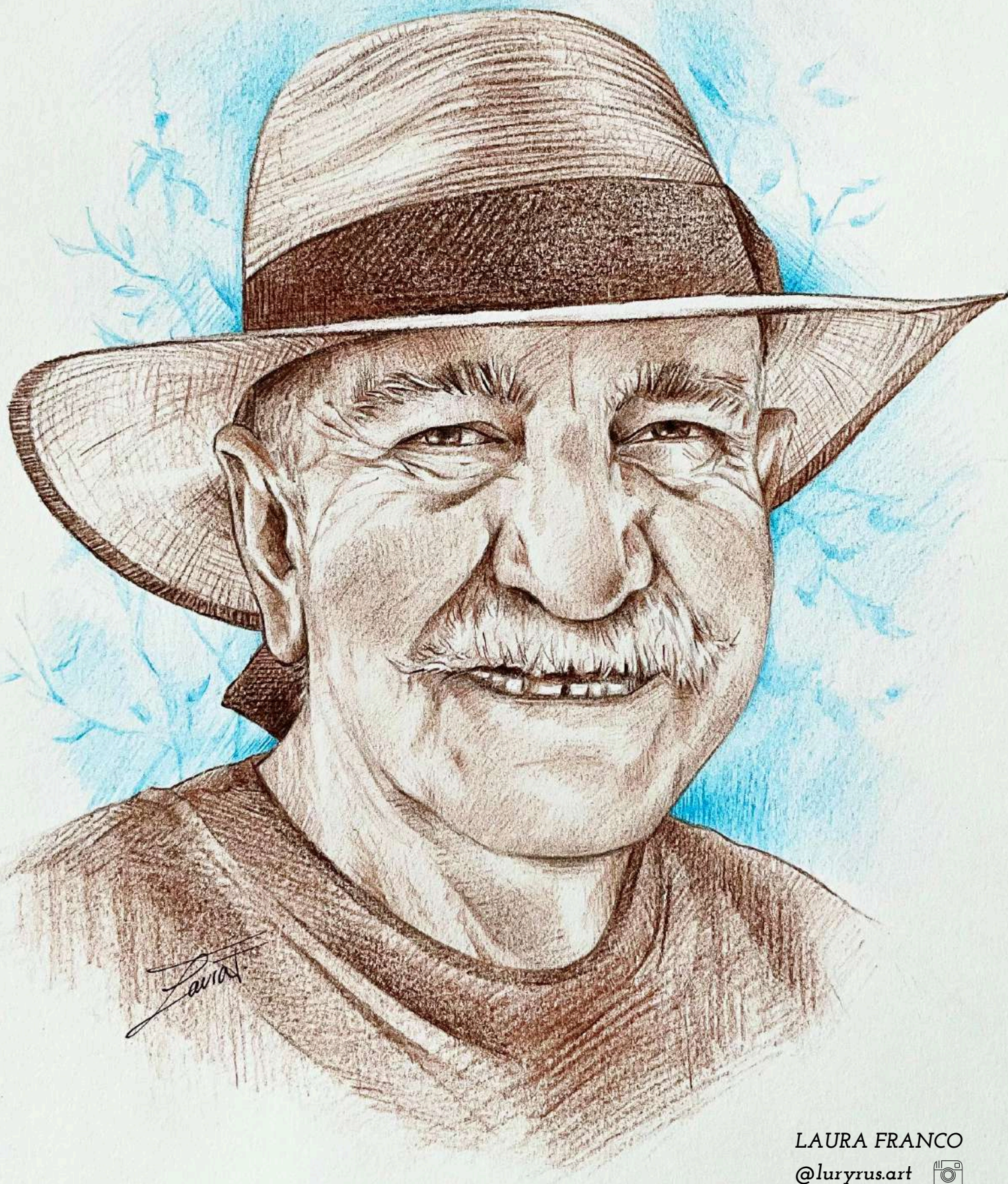
Ocre, 1925

(Colección Torreozas, 2011)



FERNANDO TORO
@fernandotoropintor 

«Vivir en la costumbre,
cuando el mar acerca
la mañana hasta la mesa»
TOMÁS HERNÁNDEZ MOLINA




LAURA FRANCO

@luryrus.art



TOMÁS HERNÁNDEZ, EL MAR POR VEZ PRIMERA Y PARA SIEMPRE

JAVIER GILBERT

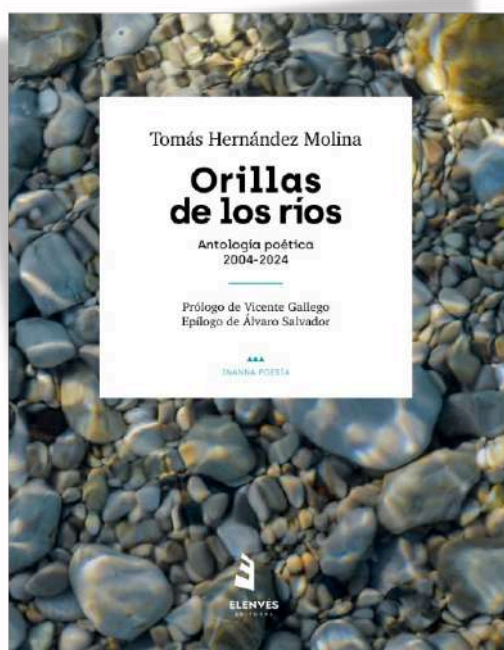
@eltiolasnubes 

El mar era una fotografía en alguna postal que había enviado un familiar de vacaciones o un amigo. También era el lugar donde los amantes se besaban en las películas o los piratas escondían los tesoros. Una extensión que, entre los montes de olivos donde yo había nacido, resultaba inimaginable. Del mar lo sabía casi todo. Que lo afectan las lunas y las mareas y que bajo su calma se levantaban cordilleras altísimas o simas indescifrables. También había leído poemas al mar, donde se repetía mucho la palabra belleza.

Aquella mañana vería el mar por vez primera. En el autobús alguien dijo: “Ya entra el olor del mar por las ventanas”. Entonces supe que el mar tenía su olor y, antes de verlo, sentí la sensación agrídulce y espesa rodar por mi garganta.

El mar me dio ese día un olor nuevo y escondido. Yo acababa de cumplir doce años.

Tomás Hernández Molina



Andaba ocupado en la coedición de *Orillas de los Ríos* (Elenvés Editoras, 2025), la antología personal de Tomás Hernández Molina, cuando me llegó la invitación para participar en este número de *EnVerso* dedicado al mar. Tenía muy reciente la lectura de su poesía y recordé que el mar era un tema recurrente en ella.

De una parte, y teniendo en cuenta que es oriundo de Alcalá la Real (Jaén), quise saber cuándo vio el mar por vez primera. Él mismo nos lo cuenta en el breve pero hermoso texto que precede al mío. Su profesión como docente, primero universitario, catedrático de instituto después, lo unió para siempre a esa otra orilla, la de la costa levantina, y luego a de la Tropical, instalándose definitivamente en un hermoso y tranquilo rincón de La Herradura (Almuñécar). Desde su ventana, cada día, se deja anegar los ojos por el Mediterráneo frente a la Bahía del Vapor.

Durante los últimos meses he tenido el placer de leer y releer la docena larga de títulos que componen su obra, cuestión que daría para un estudio profundo, y he podido constatar que en ella el mar es un elemento poético al que acude de forma recurrente. También lo cree su amigo Vicente Gallego, quien menciona esta relación en el prólogo de la citada antología: «la suya es una carga de profundidad, su música una siciliana que resuena allá a lo lejos, entre los ecos siempre cercanos, casi interiores, de la mar...». Y así se demuestra en muchos de los versos que pueblan la citada antología: «Sostiene Valle Inclán que Bradomín / miraba el mar detrás de los cristales...» (*El viaje de Élpenor*, 2004);

«Del mar llegaste, / una ola de sal / en el desierto» (*Y véante mis ojos*, 2006); «Y el mar está en tus ojos / como un adorno innecesario» (*Peñón de las Caballas*, 2009); «Toda la luz del mundo no podría / encender el instante más pequeño, / si llena el cuarto el mar con su azul limpio» (*El esfuerzo del copista*, 2022); o de entre sus inéditos: «Vivir en la costumbre, cuando el mar / acerca la mañana hasta la mesa».

Versos que son apenas una muestra de la riqueza poética con la que Tomás Hernández Molina aborda la figura del mar, un tema que atraviesa su obra con gran belleza y profundidad. Y que impregna a su poesía de imágenes marítimas que nos recuerda que el mar no sólo es una franja de azul en el fondo del paisaje, sino también un símbolo recurrente de emociones y reflexiones humanas.

Mientras termino de redactar este artículo, puedo ver a Tomás sentado frente al mar en esa mesa, «dándose por satisfecho con un escocés, un cigarro, un buen libro leído entre rumores marítimos, y una mujer que lo ama», como también afirma Vicente Gallego en el prólogo de *Orillas de los ríos*, y escribiéndolo como si fuera la primera vez y para siempre.



HOGUERAS DEL SOLSTICIO

*Hogueras del solsticio,
arde el mar en sus llamas, los muchachos
con los torsos desnudos saltan sobre los fuegos,
los reciben, así iluminados,
los largos brazos de mujeres que esperan,
las blancas dentaduras en el rojo
de lumbres y carmín,
las risas del deseo.*

EL MAR DE CADA DÍA

A Luciano Pintor

*El mar es la presencia más sencilla,
la realidad diaria en que amanezco,
el color que me viste y me desnuda,
es la luz que ilumina el rincón de esta mesa
y cae sobre los libros si los abro,
orilla de salitre en las palabras,
la espuma de los días y la oración nocturna,
no hay nada como el mar para las despedidas
y en sus orillas crecen otoños luminosos,
los surcos de sus olas elegimos
para sembrar en ellos las nostalgias más hondas,
las semillas fugaces de los sueños,
lo miro cada día y en él cierro los ojos
como quien duerme al lado de su amante.*

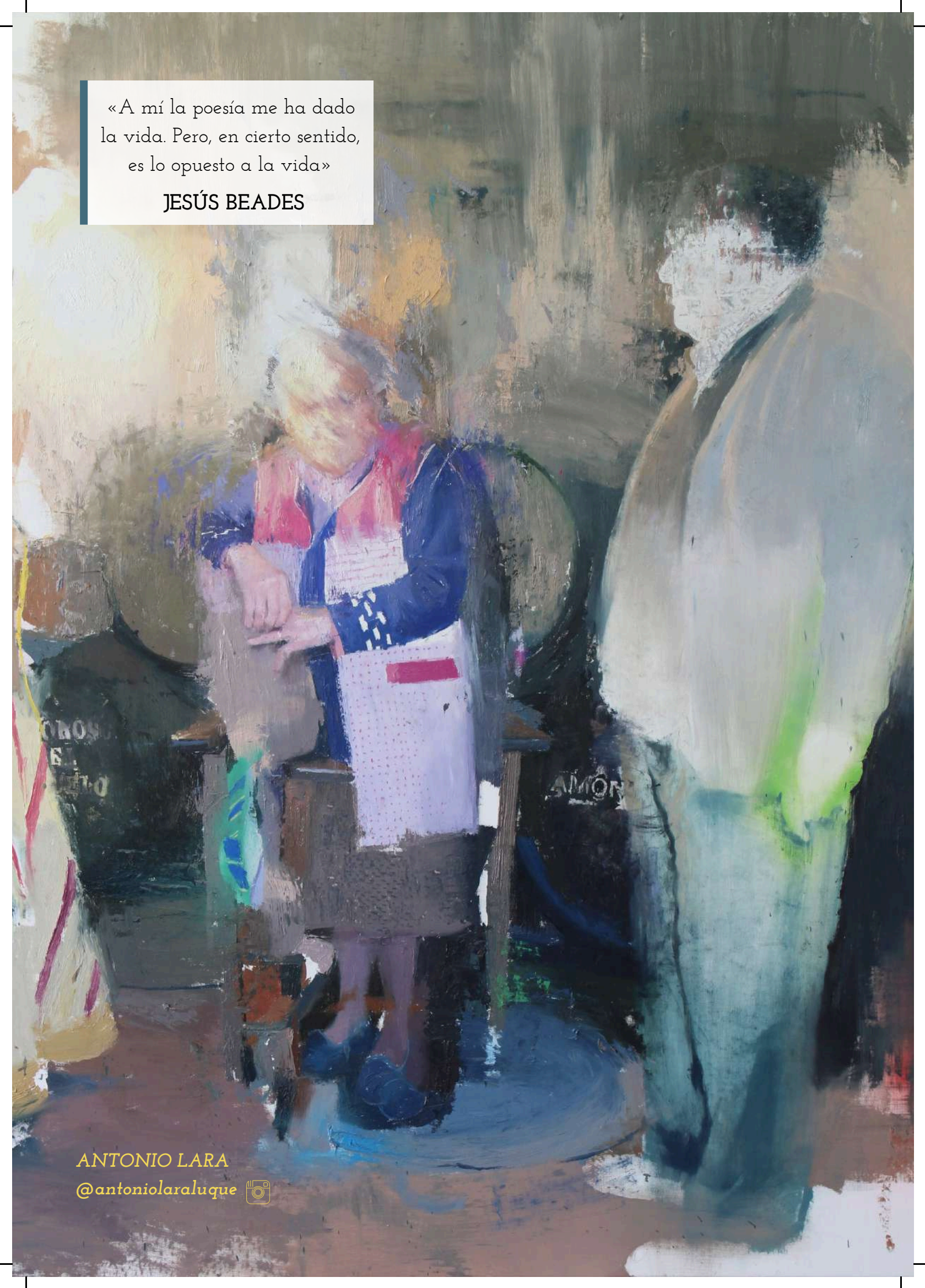
Tomás Hernández Molina,
Accidentes geográficos (Las Palmas, 2008)
Nadie vendrá (Reino de Cordelia, 2019)

«A mí la poesía me ha dado
la vida. Pero, en cierto sentido,
es lo opuesto a la vida»

JESÚS BEADES

ANTONIO LARA

@antoniolaraluque 





LA POESÍA Y EL SCOTCH-BRITE

JESÚS BEADES

@jesus.beades 

La poesía es... ¿Qué es la poesía?

A menudo vemos a gente en redes, por ejemplo a Pablo García Casado, compartiendo un texto breve en prosa y diciendo «hoy os dejo este poema de *nosequién*».


El caso de García Casado es de interés personal, pues él es un excelente poeta en prosa. Pero, para acotar, me referiré hoy a la poesía en verso. A la de toda la vida. Que es como decir “mujeres sin pene”. No tiene uno nada contra las otras, pero por entendernos.

A mí la poesía me ha dado la vida. Pero, en cierto sentido, es lo opuesto a la vida. La vida está fuera, en los bares. O dentro, en las camas compartidas. O de camino, por las calles, bajo los naranjos, hacia el atardecer, frente al mar, sobre los puentes amanecidos, en los ríos y los acantilados, las fachadas, los cuerpos espléndidos, las copas de vino de la noche gamberra, la música, los sudores, las salas de concierto, los *amplis* distorsionados, los violines del otoño.

Cada minuto delante de un folio en blanco, del ordenador, buscando un adjetivo, es un minuto restado a la vida. Es un robo intolerable. Algo que lamentaremos en nuestro lecho de muerte.

Ah, pero ¿puede usted vivir sin poesía?

No, no puedo. Bueno, he podido en ciertas épocas. Cuando me subí a los escenarios del rock profesional, allá por el 2002 –ya nunca me he bajado–, me di cuenta de que la música en directo (también la comedia) es una droga dura, ante la que palidecen todos los sonetos. Si me dan a elegir, me pido ser Keith Richards antes que Pablo Neruda. Aunque Neruda fue un poco estrella de rock, al menos en la parte de follar. Digamos, entonces, un Octavio Paz. O un Luis Alberto de Cuenca. Se podría intentar tener teta y sopa y pedir ser Joaquín Sabina. Tener lírica y rock. Por pedir que no quede. El propio Sabina se siente escindido, lo ha contado a veces, entre el escenario y la soledad creadora y literaria.



Yo dejé de escribir cuando me colgué un bajo eléctrico, pero ya me advirtió Carmelo Guillén que volvería. Siempre se vuelve. Y es verdad. Murió mi padre y escribí un libro. Me salió mala una novia y escribí otro. Ahora rezo –se lo pido al Papa Francisco, que estará en el Purgatorio– para que la poesía me salga sin recurrir a desgracias. Aunque me temo que, como dice también Sabina, las mejores canciones son de desamor. También los poemas.

Resumiendo:

siempre es preferible la vida a la poesía, el bar al escritorio, la *Stratocaster* a la pluma. Pero los que tenemos este veneno en las venas –a lo que algunos, como Eloy Sánchez Rosillo, llaman «vocación»– no podemos vivir sin poesía. Como el jingle de Scotch-Brite (guiño para los viejunos):

yo no puedo estar sin ella.





ANTONIO LARA
@antoniolaraluque 

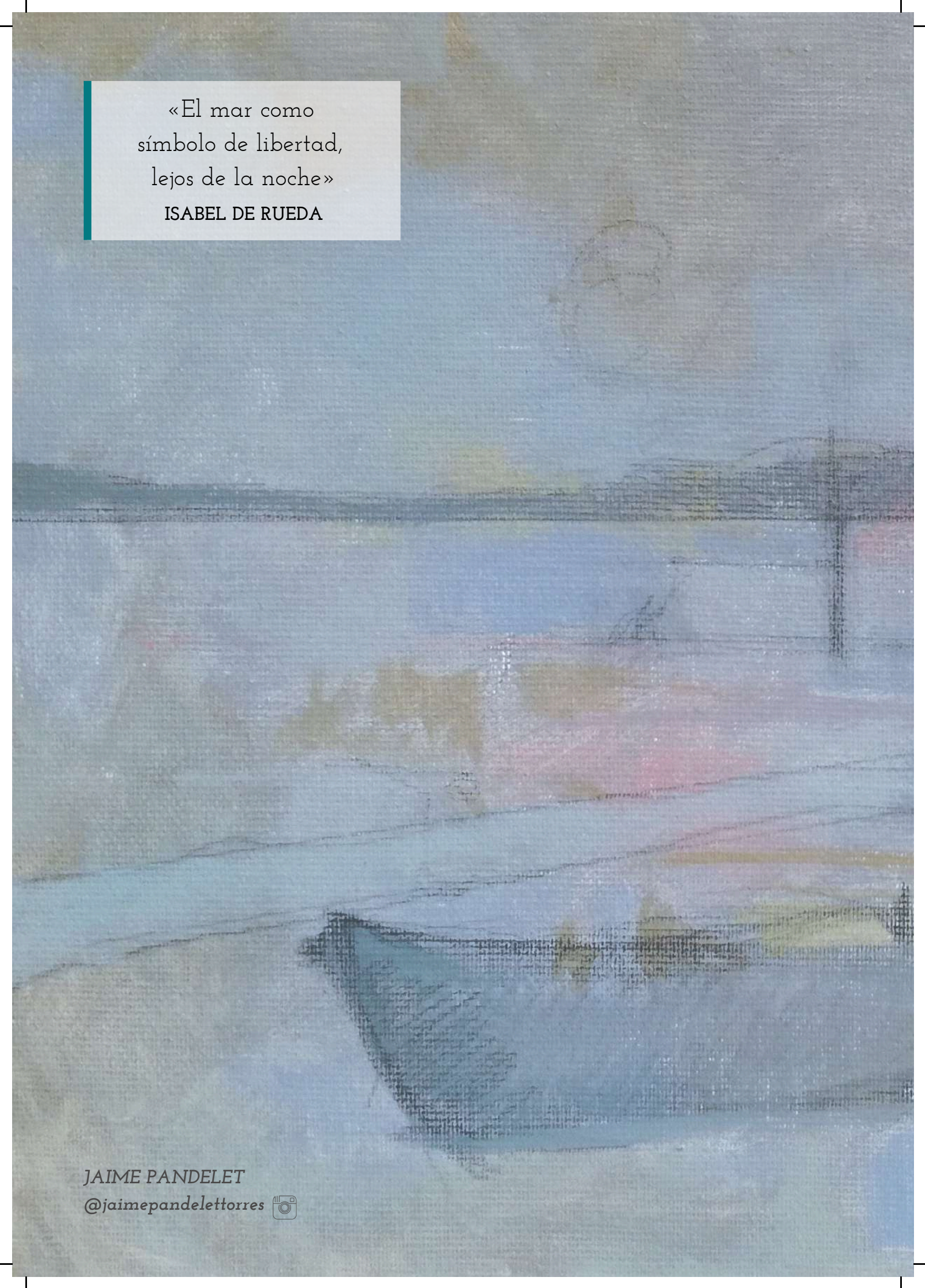
NO VOLVERÉ A SER JOVEN

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
—cómo todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.*

*Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
—envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.*

*Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.*


J. Gil de Biedma
Las personas del verbo
(Lumen, Brcelona, 1998)



«El mar como
símbolo de libertad,
lejos de la noche»

ISABEL DE RUEDA


JAIME PANDELET

@jaimepandeleltorres 



CABALLERO BONALD LECTOR Y NAVEGANTE


ISABEL DE RUEDA

@deruedarubiales 

Dicen que ser marino, antes que escritor y poeta, era el sueño de ese joven jerezano y avezado lector llamado José Manuel Caballero Bonald; un muchacho imaginativo, espigado y alto que, desde su adolescencia, ya intuía que lejos del mar nunca podría ser libre. Esa vocación de navegante solitario, sus primeros viajes y aventuras marinas, junto a esa idea de libertad —nos lo cuenta él mismo en sus memorias— empezó a aflorar de forma espontánea ya en la mocedad, leyendo a autores que de forma arbitraria iban cayendo en sus manos: Espronceda, Salgari, Jack London...

No es por eso nada extraño, nos dice sus biógrafos, que emprendiera estudios de Náutica y Astronomía en Cádiz. Probablemente fuera allí, en esa primera época de estudiante, y quiero imaginar, después de haber leído *Martín Eden* de Jack London —la apasionada historia de un marino que quería ser escritor—, en esa efervescencia poética, junto al grupo Platero, junto a Quiñones, Mariscal, Pilar Paz, José Luis Tejada o Carlos Edmundo de Ory, donde el joven Bonald, sintiera, con absoluta claridad, que su destino no sería ser marino, sino escritor y poeta.

Esa amistad profunda con el lenguaje, el deslumbramiento por los clásicos, por Juan Ramón, Cernuda y otros autores del veintisiete, se acentúa en esos meses en que una enfermedad pulmonar le hace interrumpir sus estudios y guardar reposo por el tiempo suficiente para seguir alimentándose de libros. Libros que, de alguna manera, él siente más que nunca que le hablan y le escuchan.



Y, que ya una vez recuperado de su enfermedad, le hacen tomar la firme decisión de abandonar sus estudios de Náutica, para emprender en Sevilla la carrera de Filosofía y Letras.

«Dame la libertad del agua de los mares», canta el Lebrijano, con los versos de un tema musical que Caballero Bonald compondría para su disco *Tierra*. Desistir, pero no del todo. Embarcarse en la perplejidad de esa otra nave que tiene que ver con el lenguaje, la palabra, la imaginación. Porque para viajar lejos —como dijo Emily Dickinson— no hay mejor nave que un libro. Y así, lo debió entender ese muchacho espigado y alto, ese fantasioso y joven lector que quiso ser marino, y que aún no sabía ni podía sospechar que un día tendría en sus manos —entre otros no menos prestigiosos premios como el Nacional de las letras, o el Reina Sofía— ese máximo galardón que otorga el Ministerio de Cultura en lengua española, que es el Premio Cervantes.

Para llegar a eso, antes, como Ulises —nos cuenta en sus memorias— el joven tuvo que atravesar un periplo por tierra, mar y aire. Buscar nuevas realidades, embarcarse a través de la palabra en ese andar a tientas por el mundo (Madrid, Barcelona, Mallorca, Colombia...).

«Porque sólo es verdad lo que aún no conozco», nos dice el poeta en unos versos. Libros de poesía como *Las Adivinaciones*, *Anteo*, *Las horas muertas*, *Descrédito de un héroe*, *Diario de Argónida*, *Entreguerras*; o novelas tan memorables como *Dos días de septiembre*, *Ágata ojos de gato* o *Campo de agramente*, entre otras, y con ellas, los reconocimientos.

Libros que de inmediato, nada más leerlos, nos hacen pensar en ese tejedor de redes, ese orfebre de la palabra que ama el mar tanto, como ama a Rimbaud o Baudelaire, a Góngora o Vallejo, mientras ejerce ese arduo oficio de lector y navegante a un tiempo.

Y los ama porque sabe y siente que la gran literatura sólo puede estar hecha por seres libres. Escritores intrépidos, valientes, como esos primeros y arcaicos navegantes que crearon el mítico reino de Argónida. Ese reino fabuloso de Tartessos que fascinase a Bonald desde muy niño, justo allí donde se besan Doñana, las marismas y el Guadalquivir.

El mar como símbolo de libertad, lejos de la noche donde aparecen los miedos, las dudas, las incertidumbres... a veces visto, incluso, como un oráculo.

«Eso que se adivina más allá del último confín, es aún la vida», se pregunta el poeta, sabiendo como sabe que es allí, en la otra orilla, donde permanece el enigma, la memoria de lo que un día fuimos.



NOCTURNO CON BARCOS

*Siento pasar los barcos por dentro
de la noche. Vienen de un transitorio
distrito del invierno y van a otra interina
estación de argonautas,
esas rutas
quiméricas que rondan
los fascinantes puertos de la imaginación.*

*Invisibles a veces, surcan
las cóncavas comarcas de la niebla,
pertenecen a un mundo despoblado,
a alguna procelosa tradición
de vidrieras marchistas, se parecen
a la emoción que queda detrás de algunos sueños.*

*Llega hasta aquí el empuje
respiratorio de las máquinas, el empellón
del agua en las amuras,
y a veces
una sirena desenrosca
la disonante cinta de su melancolía
por los opacos círculos del aire.*

*La cifra de esos barcos es la mía.
Con ellos cada noche se va también mi alma.*

José Manuel Caballero Bonald
Diario de Argónida
Tusquets (Barcelona, 1997).



«igual que las olas
en la vastedad del océano»
JULEN CARREÑO



REIHMATSU




REIHMATSU
@reihmatsu



DE DIQUES OLAS Y PERSONAS

CUENTOS DE TOKIO (YASUJIRO OZU, 1953)

Julen A. Carreño

@Julen Carreño Aguado 

¿Qué ha pasado? ¿Qué acabo de presenciar? ¿A qué he asistido?

Uno termina de ver Cuentos de Tokio (*Tôkyô Monogatari*, 1953) y, sin quererlo, con un nudo en la garganta, se ve inspirado por la actitud de Shukishi, el *pater familias* de los Hirayama, durante un tiempo indeterminado... como el de la duración bergsoniana.

No parece haber ocurrido gran cosa en los términos postmodernos de acción asumidos por una gramática cinematográfica que Ozu siempre inobservó; y, con todo, como es seña del realizador, el tiempo se ha parado durante ciento treinta minutos de metraje para regalar al espectador un encuentro antropológico desde una poética personalista. No en vano, cuatro años antes de rodar la narrativa heroica de los Hirayama, el propio cineasta declaraba: «lo primero que pienso cada vez que ruedo una película, es que con ella quiero reflexionar a fondo sobre algo y recuperar la humanidad que la gente tiene por naturaleza» [1]. Posteriormente, apenas dos años después del estreno de Cuentos de Tokio, el realizador insistía en esta idea: «doy mucha importancia a la armonía en las relaciones humanas» [2].

He aquí un rasgo identitario del cine de Ozu, que sitúa en el centro estructural de sus composiciones a la persona en toda su complejidad relacional y desde el retrato de su dignidad en el *locus* de sus amores familiares. Todo ello en el ejercicio de una poética visual y narratológica única y fácilmente reconocible en la que el mar, como vemos en Cuentos de Tokio, a menudo simboliza la concepción trascendente del autor: igual que las olas en la vastedad del océano cuyas lindes pasea el matrimonio Hirayama, y al que asistimos mediante planos oblicuos, picados y contrapicados, también los numerosos personajes del cineasta fluyen en el sosiego del quehacer ordinario.

¡Tantas cosas no han salido en la vida como el matrimonio Hirayama esperaba! Han perdido a uno de sus retoños en la guerra; otro, habiendo llegado a médico, no ha hallado en su profesión la prosperidad que hubiera esperado y, en suma, todos se han distanciado, cada uno volcado en el trajín de sus nuevos retos en la gran ciudad. Los hijos se han transformado hasta el extremo de que solo con esfuerzo comprenden a sus padres, incluso lingüísticamente, pues estos aún emplean el dialecto de su población originaria, la pequeña localidad costera de Onomichi.

[1]Ozu, Yasujiro. La poética de lo cotidiano. Escritos sobre cine. Madrid: Gallo Nero Ediciones, 2017, p. 92.

[2]Ibidem, p. 62.

Resulta paradójico que sea con ocasión del retiro de Shikishi y Chieko en el balneario del litoral en Atami, al que sus propios hijos los envían precisamente por estar demasiado ocupados para dedicarse a ellos, cuando el espectador presencia las secuencias que contienen la semántica poética del mar. Tras una noche en la que los conciertos del hospedaje no han permitido descansar a los ancianos, estos contemplan la bahía de Atami sentados sobre un dique. Discuten entonces fugaz y tiernamente sobre quién ha dormido menos y acerca de cuál de los dos sufre más nostalgia... Tal vez alguna de esas olas venga desde Onomichi y los lleve de vuelta al hogar, donde sus hijos son niños todavía.

–“Ya hemos visto Tokio. Ya hemos visto Atami. Volvamos a casa”, propone Shikishi.

–“Sí, de acuerdo, volvamos a casa”, responde ella.

Ambos se incorporan, ella con dificultad –ya aquejada del mal que desencadenará en su posterior fallecimiento– y salen de escena en un bellissimo plano general en picado oblicuo que contrapone sus figuras al refulgir del primer sol sobre las aguas.

Porque la poética de Ozu apunta al retrato de la presencia armónica ante la duración; ante la unicidad de la vida personal en relación, mas en el marco del movimiento cósmico que la mece.

De ahí que el espectador de *Cuentos de Tokio* pueda solo acogerse al Bécquer de la Rima X para dejarse decir y vibrar en el tono humano del cineasta japonés:

«¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!»

HAIKUS

Puerto de Atami.

*Los hombres y las olas
en el camino...*

*El gorrioncillo
qué diminuto y frágil
debe de verme.*

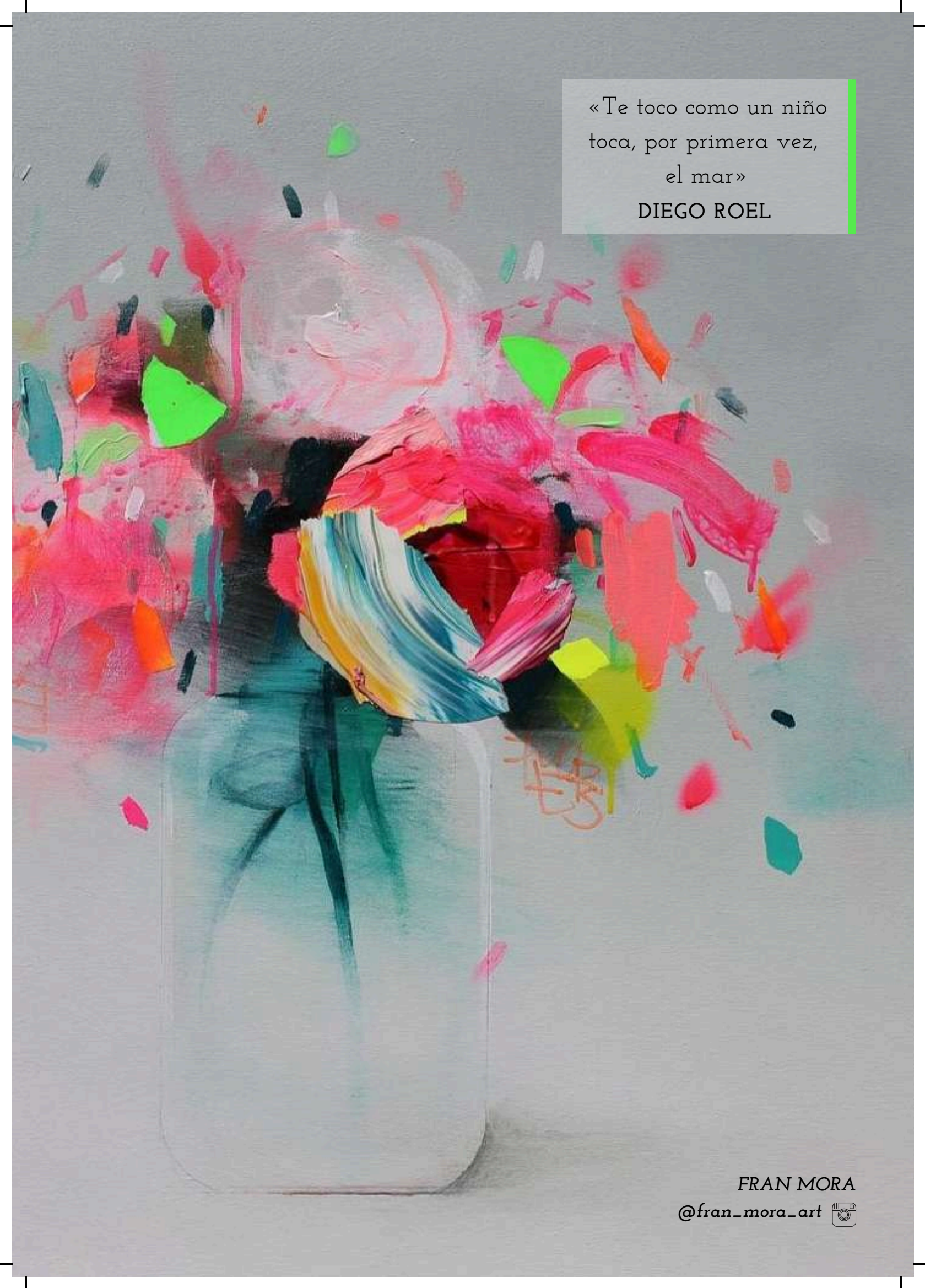
*¡Cuánta belleza!
No logra la paloma
plegar un ala.*

Julen A. Carreño,
poemas inéditos.



REIHMATSU
@reihmatsu 

reihmatsu v



«Te toco como un niño
toca, por primera vez,
el mar»

DIEGO ROEL

EL AGUA Y LA LUZ

EN LA POESÍA DE DIEGO ROEL

SERGIO M. MORENO

@sergio.m.moreno 


Si algo bueno tienen los premios literarios —para quien no los gana, quiero decir— es su capacidad para revelarnos paisajes y voces que de otra forma podrían quedar en la sombra, desconocidas e inaccesibles. Más aún cuando, como es el caso, vienen del otro lado del “charco”. Tal vez, si *Los cuadernos perdidos de Robert Walser* (Visor, 2024) no hubiese sido galardonado con el XXXVI Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe o si *Andrei Rubliov* (Rialp, 2020) no se hubiese alzado con el XXIV Premio Internacional Alegría del Ayuntamiento de Santander, la vida no me habría dado la ocasión de descubrir la obra poética de este argentino, que cada día me resulta más enriquecedora e interesante.

Fue el pasado mes de marzo, en su visita a la Fundación Caballero Bonald de Jerez de la Frontera —una de sus primeras paradas dentro de un *tour* poético que lo llevaría a recorrer gran parte de la geografía española—, donde, gracias a poetas amigos, tuve la oportunidad de entablar amistad con Diego Roel (Temperley, Buenos Aires, 1980),



Foto: Fundación Loewe.

Tras unos vinos en El pasaje, buscamos aquellos «gallos de vidrio» del romance de Lorca y hablamos, largo y tendido, de cómo la poesía y la lengua une estas dos orillas que el Atlántico separa. Así fue como descubrí a un poeta cercano, humilde y laborioso, con vocación y formación artística, paradigma del lector sediento y del escritor camaleónico que es capaz de mudar la piel sin perder el afinado y reconocible timbre de su voz.



Después de dos obras tan profundas y complejas como son Andrei Rubliov y Los cuadernos de Robert Walser, en *El agua y la primera luz* (Editorial Detodoslosmares, Córdoba, Argentina, 2025) vuelve a cambiar el registro para invitarnos a entrar en un poemario hondo, accesible, intimista y personal.

Este nuevo título de Roel, cantado a media voz y en primera persona, se presenta, desde el primer poema, como una obra plenamente sensorial que destila en cada verso una profunda sensibilidad y una sincera gratitud hacia la vida. Un susurro capaz de desnudar al amor casi sin nombrarlo, al dibujar un elegante retrato de la carnalidad humana, sin llegar nunca a caer en la empalagosa blandura de lo cursi. De esa forma en que tan solo puede hacerlo una caricia: «Rozo apenas el borde de tu cara. Te toco / como un niño toca, por primera vez, / el mar».

Sus poemas cortos —nunca más de ocho versos— y alejados de la métrica, casi lindantes con la prosa poética, dan cuerpo a un verdadero cuaderno de acuarelas. Una colección de imágenes con reminiscencias orientales, donde cada línea es una pincelada de tinta, aguada y directa, que convierte en brillo el blanco del papel: «La luz era una garza en el estanque».

Las ideas fluyen con aparente sencillez haciendo que cada composición extienda un trazo difuso de color que la mirada del lector, desde una perspectiva dicotómica de amante y amada, debe transformar en paisajes tan distantes como reconocibles: «Te espero al pie de la ventana. / Igual que la tierra espera el sol y la lluvia, / una brisa cálida, la huella del ciervo, / el golpe del granizo».

Lugares comunes que, sin embargo, no suenan a tópico y que impregnan nuestros labios con el sabor de amores presentes y pasados. Salitre residual para las lenguas que hace tiempo se olvidaron de la playa: «Te abro la puerta que sobre sí misma / se abre. / Te dejo vivir en mis costillas. / El amor nos lleva a sus abismos: / la ola engulle la ola, muerde la arena».

Un libro que se convierte en un único poema y reclama una lectura unitaria por parte de su público. Palabras de aire y sal que se elevan en el ingrátido peso del recuerdo. Señales de un humo etéreo y casi transparente que transmiten un mensaje en la distancia. Un código secreto que sólo aquel que alguna vez ha amado consigue descifrar siente como suyo y —como cada nueva obra de Roel— espera con impaciencia: «Tu voz se encarama y toca / el imprevisto centro de un poema / que nadie ha escrito todavía».



XVIII

*Me revelas el secreto del día,
me traes una cesta llena de frutos:
erizos de mar y brotes de bambú,
semillas y bayas de enebro.*

*Vienes cubierta de musgo y de pasto:
de hojas de palmera es tu carruaje.*

Diego Roel,
El agua y la primera luz
(Ed. Detodoslosmares, Córdoba, Argentina 2025)

GRIETA DEL TIEMPO

*Pero, ¿cómo vivíamos aquí,
en esta casa carcomida por el salitre de las olas,
en este suelo donde lo perdido
repite su nombre y se repliega?*

¿Cómo podíamos vivir aquí?

*Ahora sobre mi cara desova el tiempo:
mi vida se desgarrá, pierde peso y consistencia.*

El país es un animal que ya no encuentra su alimento.

¿Cómo podíamos vivir aquí?

Diego Roel,
Shibólet
(Ed. Unbudha, Santa Fe, Argentina 2025).

HAIKUS ILUSTRADOS

ISABEL HALO / isabelhalo.es
PILAR ROSELLÓ / [@pilar_rosello](https://twitter.com/pilar_rosello)



Cresta del mar.
En las olas de plata
el pez azul.

Isabel Halo

HÁBITAT IMAGINADO

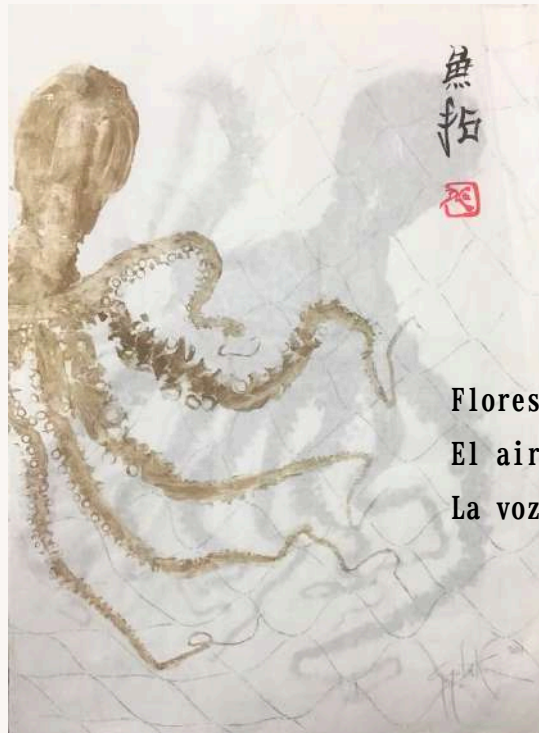


Fuego en el agua.
Tarde, la culpa roja
cala mi ser.

Isabel Halo

EL CAMINO DE SHIKOKU

BAILE TENTACULAR

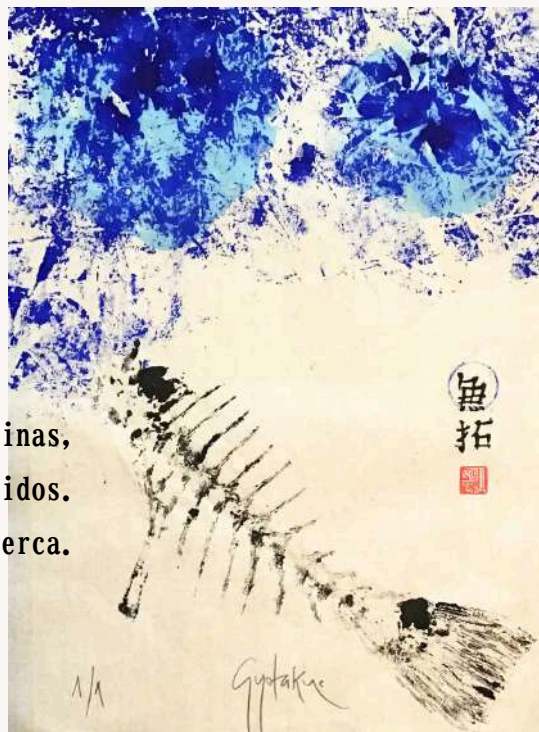


Flores y olas.
El aire perfumado.
La voz del mar...

Pilar Roselló

Junto a las ruinas,
los cardos florecidos.
Y el mar, tan cerca.

Pilar Roselló



MEDITACIONES SOBRE HÁBITATS INHÓSPITOS



«Y yo, yo sólo sé
dedicarte unos versos,
unos versos de mar»
MANUEL SABORIDO




SARA GABANDÉ
@saragabande 

Sara Gabandé

UN EDIFICIO SOBRE EL MAR

PATRIZIO PÉREZ

@patrizioperezpacheco 

Así de sugerente es el título del cuarto poemario de Manuel Saborido Pastor, publicado en 2015 por Editorial Dalya. De sus siete libros publicados, por motivos evidentes, *Un edificio sobre el mar*, es el que mejor se amolda al contenido central de este número de *EnVerso* y, en mi opinión de lector de poesía, amigo y admirador, junto a su última creación *De la bohemia*, es su mejor producción poética hasta la fecha.

Pero este libro no va de admiración ni de descripción del mar. El poeta jerezano sustenta sus versos en el amor emergente que descubre en construcción sobre el mar, un amor que no se edifica sobre aguas inciertas sino sobre pilares estables que este libro airea con facilidad y felicidad.

El mar se convierte en una alegoría del amor. El mar vive en los ojos de la mujer que ha descubierto y sobre la que construye un edificio de sentimientos. Ya en la dedicatoria del libro, el autor avisa donde navegarán los versos “porque el mar habita en tus ojos y en tu boca para anegarme el corazón”.

Pero el mar no es un elemento constante en los versos del poeta; de hecho, su profusa poesía juega con imágenes sin que este elemento sea recurrente. Sin embargo, en *Un edificio sobre el mar* el mar surge como el eje central, como representación del amor que crece, como sustento de los cimientos del edificio en el que construye su vida.

Un edificio sobre el mar, se divide en tres partes; la primera, “Sumario de construcción”. En ella Manuel Saborido, cual “Naufrago” o “Moisés”, a la deriva, es conducido hacia el objeto de su amor. Y es en el océano donde el poeta finalmente descubre, entre tantos mares, la mujer a la que destina los versos de este libro:

«Y quise ser poeta, encerrando en un verso / tu dulce imagen entre tanto océano, / encerrarte en un libro para leer tu voz / en todos los suspiros que carecen de rima».

En la segunda parte, “Geometría de amor”, la mujer que ama surge como “arquitecta” del edificio de construye “espantando a los gatos negros”, a “los miedos” y a “las dudas”.

Y en esa construcción, en la que reniega del “pirata” que fue, levanta edificios, salas, muebles de vida y porvenir: «Allí me condujiste por todas las estancias: / la cocina, el salón, el baño, el dormitorio..., / regresando de nuevo hasta el salón, / y allí estaba el sofá, ese rojo sofá / que profanó la noche».

En la tercera parte, que da título al poemario, “Edificio sobre el mar”, Saborido entrega su poesía, ya en plenitud, a cuanto aseverativamente ha construido y que agradece: «Y yo, yo sólo se dedicarte unos versos, / unos versos de mar, / con la esperanza noble de poder esculpir / mi amor en tu mirada».

Un breve “Epílogo” de dos poemas, muestra el futuro imaginado de esa vida por llegar: «Mi verso vivirá por siempre en ti».

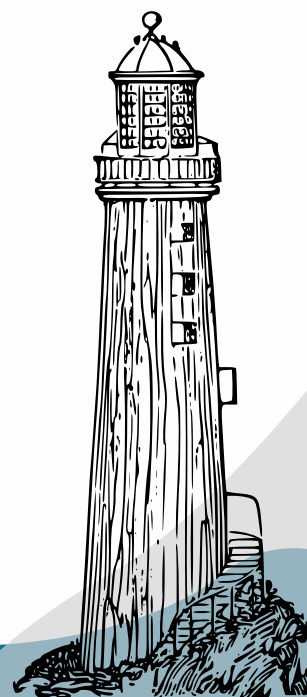
La poesía medida, rítmica, cuidada y de imágenes simbólicas que el poeta ofrece en *Un edificio sobre el mar* se muestra también en su obra posterior. Pero el poeta futuro ya no dibujará expresamente el mar ni edificios asentados, ni construcciones blindadas. Singularmente, esas imágenes seguirán vivas sutilmente en sus versos futuros como herencia de *Un edificio sobre el mar*, su más pura creación.

En *De la bohemia* (Editorial Dalya, 2022), Saborido escribirá sobre “Asientos vacíos” dibujando su miedo subconsciente a la soledad, a perder el amor, a enfrentarse a un deshabitado mar.

«En la estación de trenes, o en la de autobuses, / en la gris alameda frente al mar, / un asiento vacío es el agua callada / que anega los espacios congelando la sombra, / es la seca metáfora del frío / calando hasta la médula, / es la suave caricia de un poema / que no tiene lector».

Igualmente, en *De la bohemia* escribirá “Da igual”, poema que encarna la negación frente a la lejanía de la persona amada. En él incluirá, entre numerosas figuras poéticas, un hogar solitario y un mar contaminado fruto de cuanto *Un edificio sobre el mar*, sigue soterradamente en su poesía.

Porque los versos de Manuel Saborido, más allá de sentimientos que navegan o se sumergen, de amores encontrados o ausentes, emergen como un edificio íntimo construido con amor, con añoranzas y con vida.





DA IGUAL

*Da igual que no amanezca,
que se oxide la flor,
que se agriete la llave,
que enmudezca la carne,
que ruede el corazón,
da igual...*

*Da igual el gris vacío,
y que la golondrina
de aquel balcón olvide,
que la cigüeña emigre
sólo con papel de ida,
da igual...*

*Da igual tanto aullido,
que ría solo el cuervo,
que huela el mar a azufre,
que grite hasta la mugre
en un reinado muerto,
da igual...*

*Da igual hasta mi casa,
su ventana y su puerta,
mi apero deformado,
mi corcel descalzado
y el gusano en mi huerta,
da igual...*

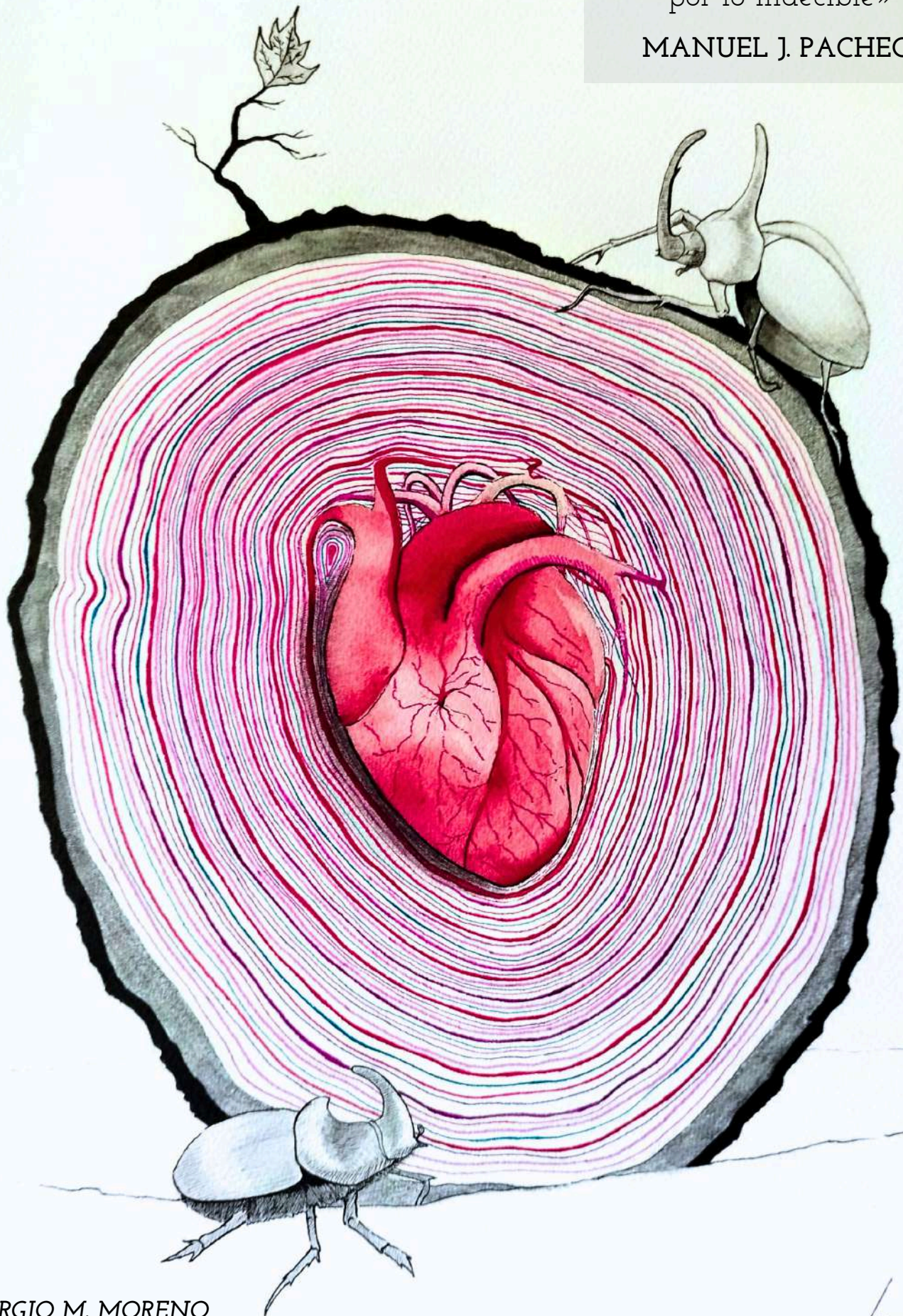
sin ti... todo

da igual.

Manuel Saborido,
De la Bohemia
(Editorial Dalya, 2022).

«Como si el silencio solo
se rompiera para vibrar
por lo indecible»

MANUEL J. PACHECO



SERGIO M. MORENO


@sergio.m.moreno 

Sergio M.



EL AMOR EN EL SIGLO DE ORO

MANUEL J. PACHECO

@manuelpachecopoesia 


En el Siglo de Oro, como en cualquier época, el amor es un tema central, pero lo más que me atrae es su delicada mezcolanza. En el Renacimiento, como en un cóctel refinado, se combinan distintas tradiciones amorosas: la poesía petrarquista, la provenzal, la literatura árabe, la castellana y la grecolatina. En el Barroco, se enfatizan más el desengaño y la fugacidad: «Amor lo dio y Amor pudo quitallo» (Hurtado de Mendoza).

Durante el Renacimiento, el amor entra por los ojos —¿hoy es distinto?—, como en Boscán («no sanan las heridas en él dadas, / aunque cese el mirar que las causó») o Gutiérrez de Cetina («Ojos claros, serenos»). Como parodia y excepción, estará luego el de Don Quijote, que es un amor de oídas.

La influencia del amor cortés y de Petrarca la vemos en una amada inaccesible y un amante en actitud de servicio de amor, frecuentemente angustiado, como en Hurtado de Mendoza: «crece el deseo y mengua la esperanza / y tanto cuanto más lejos te halla. / Mi alma es hecha campo de batalla». Esos matices de lucha y tregua no nos resultan demasiado lejanos, por ello, seguimos viendo que Góngora habla por nosotros cuando sentencia: «a batallas de amor, campo de pluma».

Volviendo al interés por lo grecorromano, más que el amor leal de la épica, como el de Odiseo y Penélope, se acercan a las fuentes legendarias de Ovidio, a sus *Metamorfosis*, donde el amor se sufre, pero siempre transforma (como en Apolo y Dafne) y donde el abandono tiene voz de mujer, como hace Arguijo con Dido, a imitación de las *Heroidas*. Aunque mi preferencia está en Lope, que toma de Catulo el *odi et amo* para establecer que el amor es una suma de múltiples contrastes («desmayarse, atreverse, estar furioso / áspero, tierno, liberal, esquivo»), al igual que Quevedo («es hielo abrasador (...) / es herida que duele y no se siente»).

Otra idea que me resulta cautivadora es que el amor eleva al amante a través de la belleza (como reflejo de un ideal, de perfección), pero supera lo físico: es una contemplación que llega a lo espiritual, como podemos ver en Garcilaso: «mi alma os ha cortado a su medida / por hábito del alma misma os quiero». Esta elevación llega a sus cotas más altas cuando el amado es el Amado. Es un amor enteramente del alma, que anhela dejar la cárcel que supone el cuerpo para llegar a esa unión, que, inspirado en el *Cantar de los cantares* (que tradujo Fray Luis), parece más carnal que la poesía secular: «quedéme y olvidéme, / el rostro recliné sobre el Amado; cesó todo y dejéme / dejando mi cuidado».



No es una poesía exclusivamente religiosa, sino que va de vuelo hasta una altura que deslumbra a cualquier ateo, como yo.

Desde la antigüedad, es habitual el uso de nombres ficticios para la persona amada, como en los nombres pastoriles de Virgilio o en la Lesbia de Catulo (nombre que tomaría, en el Barroco, Rioja). Galatea, Filis, Clori o Amarilis son sobrenombres, un *senhal*, como en el amor cortés. El *Ars amandi* de Ovidio, junto con el *Roman de la Rose* y con Andrés el Capellán, establecería cómo debía ser ese amor cortés hacia una amada difícil, generalmente casada además. El sobrenombre podría ser una manera de eludir el chismorreo o evitar ser contradicho, esquivando esa posibilidad de quedar en vergüenza. También sabemos que siguen hoy los amores silenciosos, como los infieles, y los nombres cambiados, incluso en las agendas de teléfono.

Otro aspecto atrayente del Barroco es que añade un nuevo licor al cóctel y el amor se arromanza, con poetas tan cultos y distintos como Góngora o Lope. En un romancillo de Góngora se ve un concepto clave que mencionamos antes, el desengaño: «noble desengaño / gracias doy al cielo / que rompiste el lazo / que me tenía preso».

El amor ya no es tanto una servidumbre, una *militia amoris*; hay una mayor conciencia de finitud. El amor se mezcla con el tiempo, participando del tópico *collige, virgo, rosas*, como ya hiciera Garcilaso con su «en tanto que de rosa y azucena». Esa fugacidad, ese *tempus fugit*, madura en la idea del amor después de la muerte, como diría Calderón —o dicho por Quevedo, en un amor constante más allá de la muerte («polvo serán, mas polvo enamorado»).

Para ver este concepto en los renacentistas, fijémonos en Garcilaso (en Nemoroso) y en los poetas místicos, ya que para darse la unión completa de amada y Amado, hay que cruzar, primero, el umbral de la muerte; Dios es una aspiración, como la amada provenzal o petrarquista: superior y de espera laboriosa. Aldana me gusta especialmente, porque, además de sus poemas morales, en él se ven la lucha incomprensible del amor y la naturalidad cotidiana, como cuando Filis está «triste, rendida, muerta, helada y fría» y Damón solo es capaz de responder «ay», como si el silencio solo se rompiera para vibrar por lo indecible.

Como si el amor fuese una misma masa que tiene cabida en muchos moldes, los tipos de poemas son variados. Son habituales los sonetos, como el de Villamediana que termina diciendo: «en otro peligroso laberinto/ me pone amor, y ayudan a perderme / memoria, voluntad y entendimiento»; pero también son comunes las elegías, como la Herrera que comienza así: «¿cuál fiero ardor, cuál encendida llama, que duramente me consume el pecho, / por estas venas más se derrama?»; y la lira, como estos versos del *Canto Espiritual*: «Pastores, los que fuerdes / allá por las majadas al otero: / si por ventura vierdes / aquel que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero». Continúa el uso del octosílabo, sobre todo en los poetas tradicionales y en las canciones, imitando, modelos árabes, como la jarcha o el zéjel.

El amor, en un trasvase de una sangre a otra, transita por el tiempo. Porque también a amar se aprende. Porque el amor también se hereda. Aunque cambie en la forma y en el enfoque, pervive entre poetas y lectores, porque todos lo recibimos, queremos evitarlo o vamos a su encuentro.

QUIEN TE DICE QUE AUSENCIA CAUSA OLVIDO

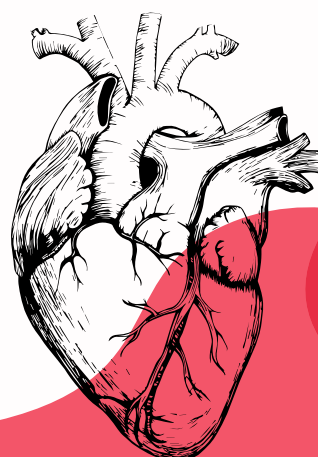
*Quien te dice que ausencia causa olvido
mal supo amar, porque si amar supiera,
¿qué, la ausencia?: la muerte nunca hubiera
las mientes de su amor adormecido.*

*¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido
del acertado hierro, cuando quiera
huir medroso, con veloz carrera,
las manos que la flecha han despedido?*

*Herida es el amor tan penetrante
que llega al alma; y tuya fue la flecha
de quien la mía dichosa fue herida.*

*No temas, pues, en verme así distante,
que la herida, Amarili, una vez hecha,
siempre, siempre y doquiera, será herida.*

Francisco de Medrano,
En: *68 sonetos del Siglo de Oro. Varios autores.*
Edición de José Mas. Cátedra (2004).



«Como la esponja
que la sal satura»

RUBÉN DARÍO

EN LOS MARES DE RUBÉN DARÍO

PILAR PARDO

@rumordeolas 

«Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fue en mí orgánico, natural, nacido».

Rubén Darío

Mirada en su conjunto, la obra del prodigioso escritor Rubén Darío (Félix Rubén García Sarmiento, 1867-1916), tanto la prosa de *Los raros* como los sucesivos poemarios *Azul*, *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*, en *La vida de Rubén Darío* contada por sí mismo y en *Historia de mis libros*, todos ellos son fruto de la admiración entusiasta.

Todo escritor ha sido inicialmente un lector agradecido, pero es que en este caso, en todos sus libros el principal hilo conductor es la profunda veneración hacia los poetas franceses llamados malditos, los simbolistas, los parnasianos los decadentistas, así como su fervor por Edgar Allan Poe, por Walt Whitman y, posteriormente, su entusiasmo sin reservas por el prodigioso canon de la lengua española, desde Berceo a Cervantes, pasando por los hermanos Machado, Valle Inclán y Juan Ramón Jiménez, entre muchos otros.

Su primer libro, *Los raros* (1896) recoge una prosa precisa y magnífica, que pone al descubierto una capacidad de asimilar las tendencias de su época, tanto la simbolista como la parnasiana y la decadentista, que más tarde aparecerán reflejadas en unos poemas tan sonoros que convierten a los tres poemarios de que fue autor antes de malograrse en deliciosas cajas de música en los que la constante experimentación métrica se presenta con perfecta naturalidad.

En este primer libro en prosa, *Los raros*, Rubén Darío evidencia la importancia de tener don de lenguas, la suerte de poder leer poesía en francés e inglés.

También describe Darío su desembarco en Nueva York en unos términos que fueron clara inspiración para Juan Ramón Jiménez en su obra maestra, el *Diario de un poeta recién casado* (1916), libro en el que, por cierto, se anuncia por la megafonía del barco en que viaja Juan Ramón a Nueva York la prematura muerte de Rubén Darío. Este libro de Darío representa la audacia del viajero y la profunda admiración del genio ajeno que le caracteriza y honra.

El análisis minucioso del aspecto físico de los escritores a quienes rinde homenaje está anclado en el convencimiento de que nuestra fisonomía es reflejo del espíritu que anima la materia que sirve de soporte efímero de nuestra vida.

Darío toma la visión del arte como compromiso con lo que eleva el espíritu humano como brújula de su obra y de su vida, y los poemas de festiva sonoridad, de prodigioso ritmo y de sucesivos viajes a la fantasía de cisnes, princesas, selvas americanas o fanfarrias representan una genuina creación inspirada en el convencimiento de que el refinamiento artístico y el exotismo pueden ser un escape ante el inevitable proceso de *neoyorquización* del mundo, de que todos los países se llenen de inmigrantes de todas partes, como consecuencia directa de la facilidad para viajar y la necesidad de huir de lugares inseguros.

A pesar de escribir que «hasta hoy no se ha visto sino muy raras veces una amistad profunda, verdadera, desinteresada y dulcemente franca entre dos hombres de letras», lo cierto es que la amistad entre Darío y Juan Ramón Jiménez hizo posible la publicación de los *Cantos de vida y esperanza* (1905). es decir, que impidió que este poemario siguiera el triste destino de otros libros de poemas perdidos sin remedio a causa de la enfermedad del autor: «Como la esponja que la sal satura / en el jugo del mar, fue el dulce y tierno / corazón mío henchido de amargura / por el mundo, la carne y el infierno».

Es en los *Cantos de vida y esperanza* donde asoma con más firmeza la lucidez y el sufrimiento de un poeta que se veía como una torre de Dios, un rompeolas de las eternidades en medio del lodo de la vida humana.

Este poemario se cierra con “Lo fatal”, poema que para Ángel González y muchos otros es el primero o uno de los más importantes del siglo XX en nuestra lengua.

La espectacular sacudida y honda huella que la presencia de Rubén Darío —con su sofisticación y su cosmopolitismo genuinos—, dejó en aquella España profundamente atrasada y cateta de fin de siglo le permitió influir de un modo decisivo en la superación de ese ensimismamiento por parte de los mejores poetas y escritores del siglo XX.

Un legado impagable.



TARDE DEL TRÓPICO

*Es la tarde gris y triste.
Viste el mar de terciopelo
y el cielo profundo viste
de duelo.*

*Del abismo se levanta
la queja amarga y sonora.
La onda, cuando el viento canta,
llora.*

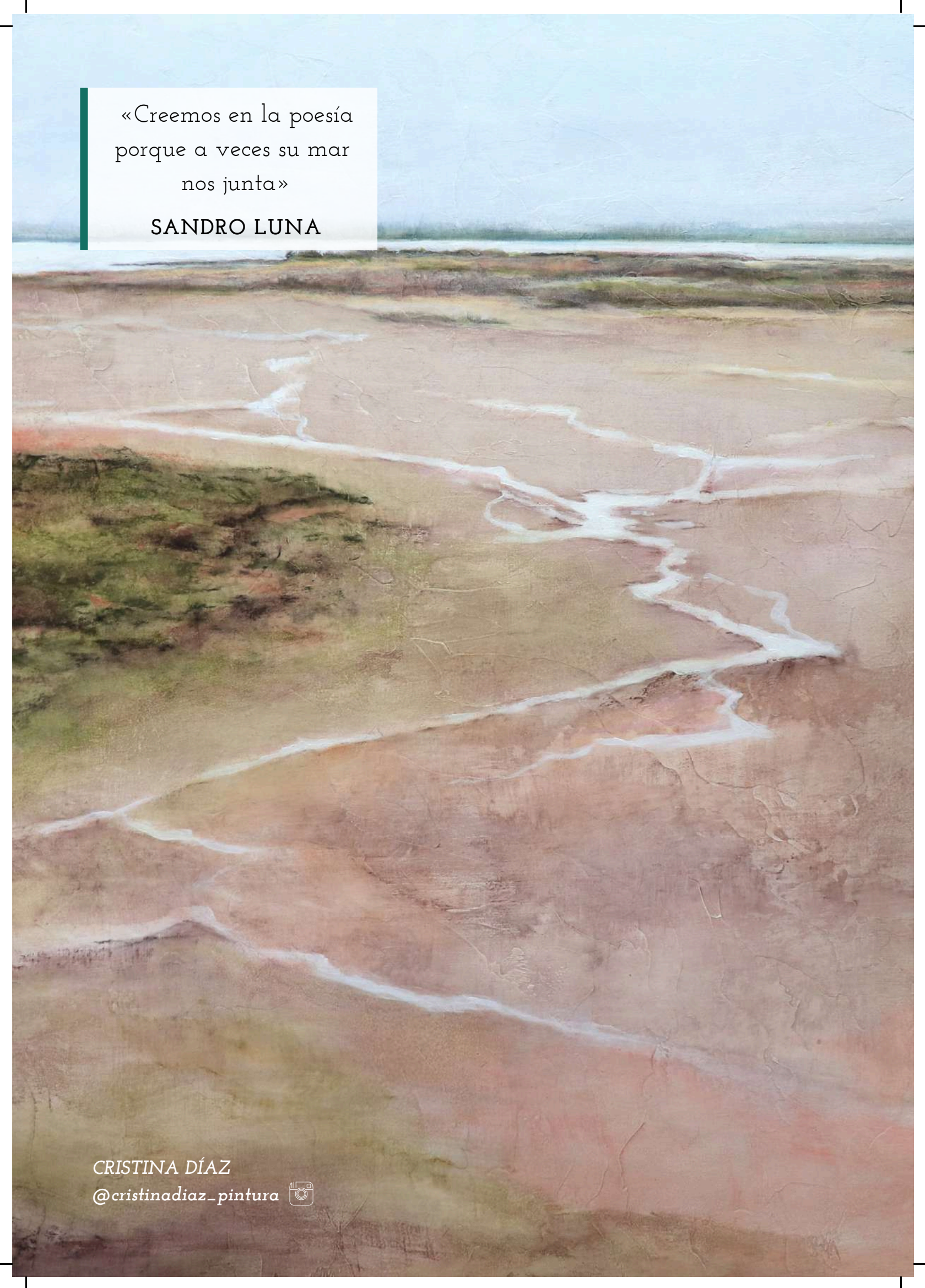
*Los violines de la bruma
saludan al Sol que muere.
Salmodia la blanca espuma:
Miserere.*

*La armonía el cielo inunda,
y la brisa va a llevar
la canción triste y profunda
del mar.*

*Del clarín del horizonte
brota sinfonía rara,
como si la voz del monte
vibrara.*

*Cual si fuese lo invisible...
Cual si fuese el rudo son
que diese al viento un terrible
león.*


Rubén Darío,
Cantos de vida y esperanza, 1905
(Alianza Editorial, 2023).



«Creemos en la poesía
porque a veces su mar
nos junta»

SANDRO LUNA


CRISTINA DÍAZ

@cristinadiaz_pintura 

LA POESÍA DE PEDRO FLORES

UNA CERVEZA PARA EL SARGENTO DE ARTILLERÍA TOM HIGHWAY

SANDRO LUNA

@sandro_luna_ib 

Mi primer encuentro con Pedro Flores (Las Palmas de Gran Canaria, 1968) tuvo lugar una tarde de agosto en los estantes de una librería de Barcelona. Recuerdo bien aquella tarde porque mi mujer, ese cachorro de apenas diez meses que, por aquel entonces, era nuestra hija Ana y yo decidimos adentrarnos por las arterias de nuestra ciudad hasta encontrarle el corazón y saquearlo como si fuéramos tahúres, piratas, mirmidones. Así que paseamos, comimos helado y entramos en una librería.

Me entretuve en la sección de ensayo primero y ya se me pegó en las manos un magnífico libro que quiero traer aquí, por si alguien se anima a navegar en sus aguas luminosas y oscuras, *Sobre el dolor* (Pre-Textos, 1997) de Enrique Ocaña.

Al rato di con la sección de poesía, aislada más que un paria, y recordé aquello de Melville: «No está en ningún lugar, los lugares verdaderos nunca lo están». Y así, como un leño entre los leños, di con Pedro Flores y con su *Como pasa el aire sobre el lomo de una bestia* (Ed. Tres Fronteras, 2015).

Allí mismo leí, a toda prisa “Una flor para la muchacha sin sombra”, “El adiestramiento”, “Niña tonta” y supe que este poeta libaba también en ese abrevadero de los dioses, que a ese afán han sido llamados por igual los más valientes y los más despojados.

Como sucede siempre con lo que prende en uno, fui estirando de ese hilo a partir de esos primeros poemas y junté, como pude, algunos de sus libros hasta el día de hoy. Y es que, desde su primer conjunto de poemas publicados, *Simple condicional* (Ayuntamiento de Las Palmas, 1994), hasta el último hasta la fecha, *A veces la poesía es un desguace a la orilla de una carretera secundaria* (Universitat de València, 2025), median una treintena de títulos.

¿Cómo era posible que un tipo como yo, curioso por naturaleza, y servidor de lo bueno no supiera nada de este autor, maestro de la fina ironía y de la gruesa? Pero tuvo a bien Vicente Gallego, capitán de este loco regimiento de corazones siempre en la brecha, y antologó a Flores en la magnífica colección a rayas de Renacimiento. *Salir rana* (2016) aunaba, a partes iguales, canela en rama y heridas sin cauterizar.

Si tuviera que escoger un libro del canario, no es cosa fácil, me quedaría con ese cuaderno tan hijo de puta capaz de mostrar la belleza y la miseria sin que le tiemble el pulso. Se trata de *Sin monedas para los ojos del héroe* (Editorial Banda Legendaria, 2018). En él, Ulises, se transfigura sin cesar en constantes epifanías. Y el mar aquí, muy lejos o muy cerca —según se vea— de ese báculo que es Troya, es un contexto difuminado y roto, como ese mar de Turner y ese mástil, metáfora de todos los desvelos y todas las iluminaciones: «Ulises ya no teme la ira de los dioses».

La obra de Flores es rica en recursos y matices, dueño de una voz peculiar que frecuenta otras voces, las fagocita, les cambia el código genético —porque es posible hacerlo cuando se va con la verdad por delante—, las hace suyas, las transforma, nos las entrega. Sus poemas tienen tantas lecturas posibles como capas y será siempre el lector atento quien logre profundizar en ellas. Al leer a Flores uno se da cuenta rápidamente de que se halla ante un lector insaciable y hábil, poseedor de una amplia cultura y no sólo literaria.

Su lenguaje, sencillo en apariencia, logra siempre trascender la referencia a su entorno más inmediato y provocar en el lector una reflexión profunda sobre la vida, casi siempre miserable, pero digna de evocación.

Muchos de sus poemas tienen un carácter narrativo y, si a menudo cuesta encontrarle el pulso rítmico, es más por una incapacidad del lector que en ello se afana que una falta de precisión del poeta, que casi nunca corrige lo que ha escrito.

Su poesía está siempre en movimiento y convierte el sujeto poético en un yo que se transforma sin descanso y que fermenta no ya con voz de Dios, sino de trilero o de niño huérfano. ¿Quién es Cavafis, Ulises, Homero, Lowell, Dante, Schliemann, Calipso? ¿Qué mapa nos muestra la Isla de los Lotófagos como un hilo inútil? Jugando está al escondite siempre y el lenguaje, que podría ser un arma, y lo es, es la única posibilidad que tenemos de encontrarnos. Eso lo sabe bien. Porque no es posible evitar el sufrimiento, nos lo muestra de la mejor manera: en su sazón, hermoso siempre, descarnado.

Creemos en la poesía porque a veces su mar nos junta. Pedro y yo nos conocimos una tarde del 2022 en Madrid. Andábamos de finalistas de un premio. Ninguno de los dos ganamos, pero ¿existe mejor premio que el encuentro entre dos amigos que comparten aceitunas y cervezas?

Así que sed bienvenidos a esta fiesta de las palabras que Pedro trae llenas de especias exóticas, de descosidos, de venturas. Sed bienvenidos a esta sed como de dientes rotos y cruces carcomidas, a este mar del que nadie sabe hasta que un día va y se adentra en él.



EL NIÑO DESTERRADO

—Madre

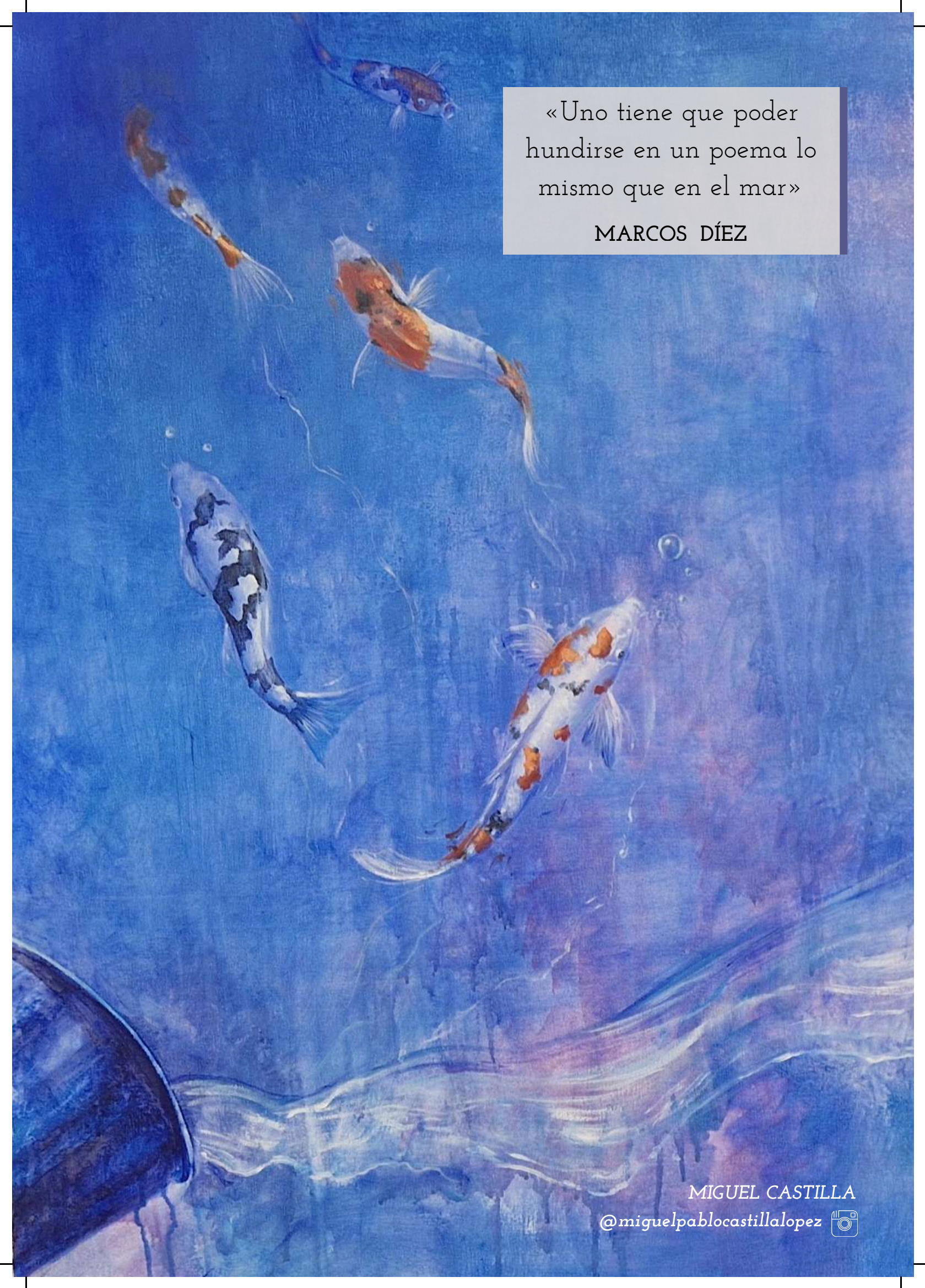
*hay un tal Ulises en la puerta
pidiendo agua.*

*Dice que no quiere molestar,
pero agradecería poder echarse
sólo unos minutos a la sombra
de nuestra higuera.*

*Yo no puedo ver su rostro,
pero su voz ha dejado en mis oídos
un regusto a sal y a venganzas.
Me ha hablado de cosas increíbles;
de gigantes de un solo ojo,
de odres que encierran vientos,
de una reina fiel como una sombra.*

*—¿Cuántas veces te he dicho,
Homero,
que no hables con extraños?*

Pedro Flores,
Sin monedas para los ojos del héroe
(Editorial Banda Legendaria, 2018)



«Uno tiene que poder
hundirse en un poema lo
mismo que en el mar»


MARCOS DÍEZ

MIGUEL CASTILLA

@miguelpablocastillalopez 

MOVIMIENTO Y PROFUNDIDAD LA VIDA DEL POEMA

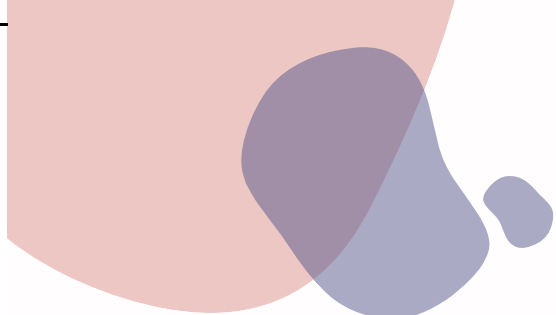
MARCOS DÍEZ

@marcos.diezmanrique 

El mar, cuando lo contemplamos a cierta distancia un día de verano, tiene algo de azul inmóvil, de todo de plástico que cubre la piscina, de superficie plana y homogénea. Basta con acercarse a la orilla para adivinar que si algo lo caracteriza no es lo estático ni lo plano, sino su movimiento incesante, su permanente transformación, su riqueza en lo profundo.

La vida, como el mar, es profundidad y movimiento. Dentro y fuera de nosotros las cosas no dejan de moverse ni de transformarse: los cuerpos, las ideas, los recuerdos, las emociones, el mundo mismo, la luz que acaricia las cosas. Todo va de acá para allá sin descanso. Incluso dormidos no dejamos de movernos: el sueño es un constante fluir de corrientes que podríamos considerar submarinas. Hasta los domingos por la tarde las cosas se mueven. La vida tiene que ver con el moverse, por eso una de las mayores pesadillas de todo ser humano es no poder hacerlo. De niño sentí angustia al ver la adaptación a la televisión que realizó Alfred Hitchcock de un cuento de Louis Pollock.





El protagonista sufre un accidente de coche que le provoca una total parálisis, el hombre tiene los ojos abiertos, ve y escucha, pero lo dan por muerto. La inmovilidad (tan diferente a la quietud) es casi una muerte en vida. Incluso los entregados a la lentitud no dejan de moverse, aunque lo hagan despacio (quizás son ellos justamente los que mejor se mueven).

Los poemas nacen de la vida e intentan, pobremente, representarla, comprenderla, imitarla o ahondar en ella. Es por ello que, si quieren aspirar a ser poema, tienen por necesidad que moverse y deben ofrecer un fondo bajo su epidermis.

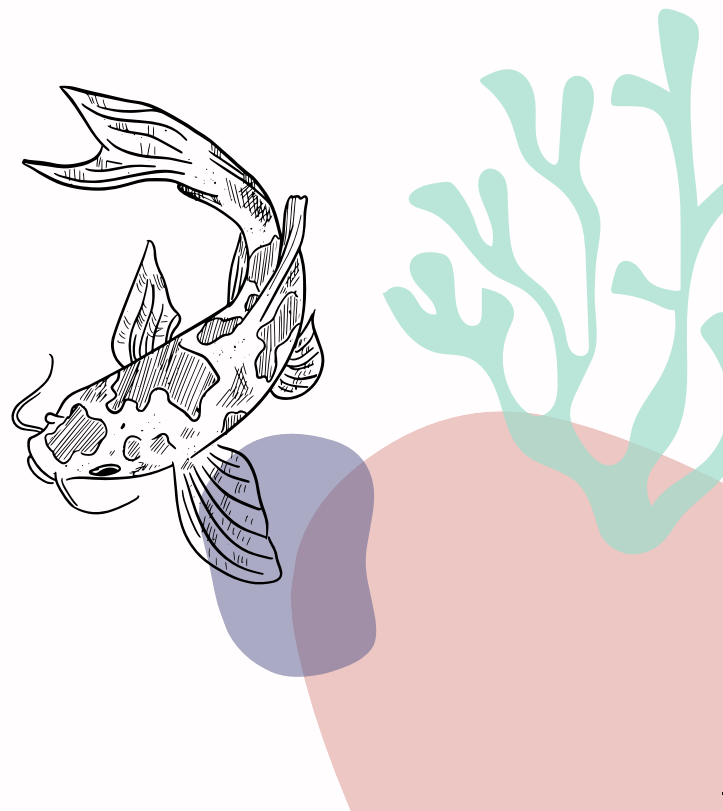
Ay, pero que un poema se mueva parece un reto imposible, porque las palabras se quedan fijadas al papel, como fósiles inertes, simples garabatos trazados por un lapicero o un bolígrafo. ¿Cómo lograr que esos signos tengan vida? ¿Cómo conseguir que se muevan y se transformen, que vayan y vengan, que oscilen, que tiemblen, que aceleren, que murmuren o guarden silencio, que digan hoy una cosa y otra distinta mañana sin que ni una sola de sus palabras haya cambiado?

Parece brujería, algo propio de hechiceros. O quizás sea un simple truco, asunto de prestidigitadores. A saber. Sea lo que sea, dar movimiento y profundidad al poema es un asunto fundamental.

La poesía, como el mar, no puede estarse quieta y no puede tener solo superficie. El poema necesita el ritmo que provocan las corrientes del lenguaje. Necesita, también, una profundidad de múltiples significados en la que el lector pueda sumergirse.

Uno tiene que poder hundirse en un poema lo mismo que en el mar. Quien vive en una ciudad con playa sabe bien que un mal humor lo cura un buen baño. Esto es así porque al entrar en el mar su movimiento y su profundidad nos contagian y nos transforman.

Con los buenos poemas pasa lo mismo, su lectura nos empapa, activa en nosotros corrientes íntimas y deja entrever conocimientos o intuiciones que andaban, como peces abisales, por las profundidades.





LA EVAPORACIÓN

*Sumergirme en el mar me lleva a renacer
en un ánimo nuevo.*

*¿Qué refrescan las aguas tan antiguas,
venidas de tan lejos,
que rodean mi cuerpo,
que lo toman y mecen?*

¿Por qué me quita el mar el peso de ser hombre?

*¿Y por qué cuando salgo
y me seco en la orilla
comienza lentamente a evaporarse
esa sabiduría que yo había aprendido?*

Marcos Díez,
Belleza sin nosotros
(Visor, 2022)

«El mar es un mito
palpitante y plateado»

PEDRO SÁNCHEZ SANZ

VIOLETA GIL

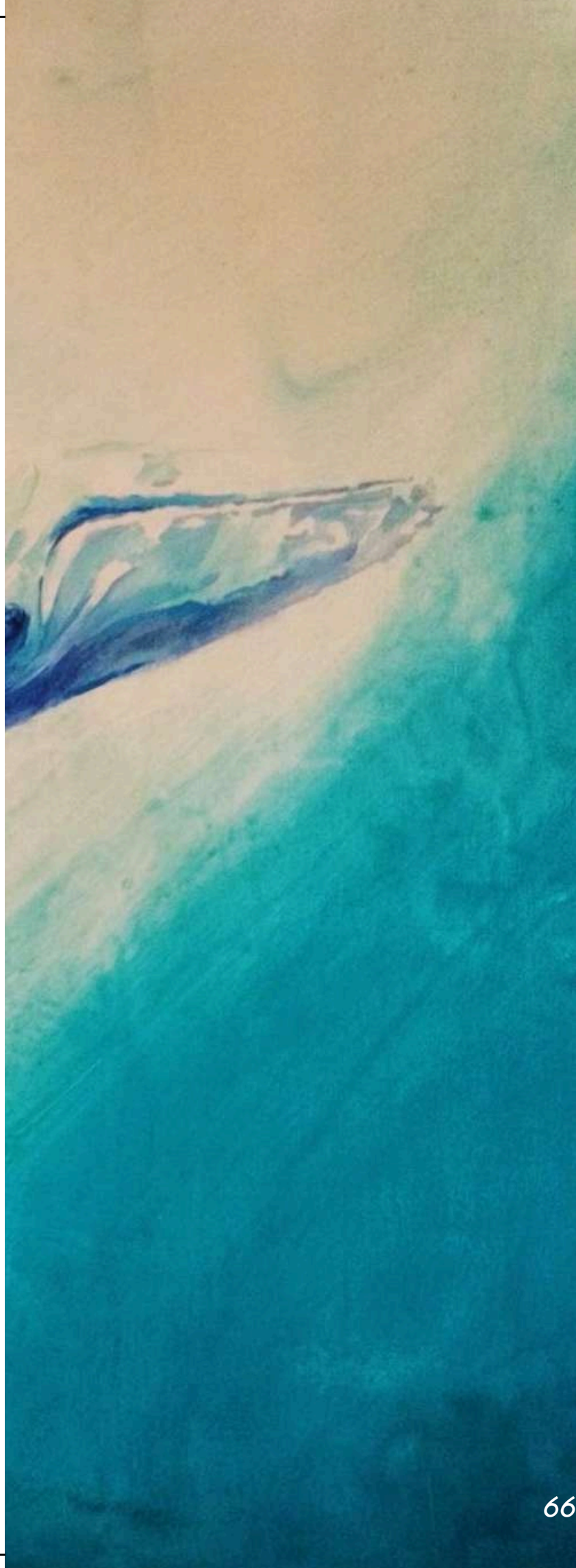
@violetagill_ 



EL PASO DE LAS BALLENAS

PEDRO SÁNCHEZ SANZ

@Pedro Sanchez Sanz 



Días de silencio. Ante un mundo hostil que se desmorona en puñados de arena mojada y sucia, impone la rigidez de sus entrañas, la terca impavidez de sus ojos. Su lengua se regodea entre plantas recién amanecidas, mastica raíces de sabelo. Esta es su comunión natural con las cosas, con el mar de fondo como único testigo.

Hay un momento de la tarde que es mágico. La luz pasa su lengua sobre el mundo y el cielo es una piel ruborizada. Las nubes adquieren una lógica matemática y el mar es un mito palpitante y plateado. Casi nunca consigue conjugar estos signos, ordenar estas letras de poder encendido, pero siempre tiene la certeza de que le ofrecen un mensaje esencial.

Sentado en la orilla. A su derecha e izquierda ve siluetas lejanas que atentas, vigilantes, se apostan como él ante esta soledad rugiente que es el mar.

Piensa: *somos torres encadenadas, guardacostas enfrentados a la multitud del agua que empuja para romper sus límites, ¿podremos contenerlo?*



Ve deslizarse barcos, un tráfico lento de naves sin prisas, de un extremo a otro de la mirada, cerrando el semicírculo perfecto de la bahía. El tiempo pasa, el viento desafía, sopla en los ojos arrancando lágrimas mínimas. Y al final tan sólo queda la parsimonia mecida de los botes y una voz interior que ruga con las olas.

Entre el faro que alumbraba y el barco que se abre camino, hay una línea recta que le gustaría recorrer como un funambulista. El equilibrio de la huida.

Tumbado en la playa, abandonado como un trozo de madera proveniente de un naufragio. La cabeza ida y el cuerpo en espera. La lengua viva como anémona, libando el aire salino. Sus oídos caracolas con el mar dentro. El ruido es tanto que preferiría ser gusano de mar, sordo, ciego, sin extremidades, blando, sin vísceras, con un corazón diminuto. Colgado del balcón de su carcasa, sus ojos se asoman a un vacío que no quieren ver. Pero la lengua lo va llenando con rumores, saluciones, salmos. ¿Será suficiente para sobrevivir?

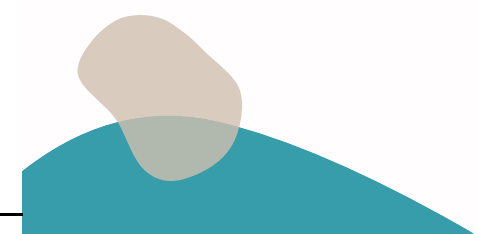
El mecanismo del mar está compuesto por los mismos engranajes que el mecanismo de su voluntad. La energía que producen se traduce en avanzar y retroceder, acercarse y retirarse, querer y no poder. Masa de insatisfacción constante, Sísifo de líquida frustración.

Sus manos son un mapa de senderos olvidados. Los dedos, empalizadas de juncos que guardan su casa de miradas insidiosas, de ventiscas y alimañas. Detrás, el mar ofrece sus rutas invisibles.

Desmenuza el tabaco con método y mimo. Como el té de la tarde o comunión de algas. La epidermis del mar es la de un dios de gelatina y platino, inasible mercurio. El horizonte es un gran agujero negro. Pisar islas o planetas por primera vez, ¿cuál es la diferencia? Las gaviotas se arremolinan alrededor, marineros ociosos esperan la hora de zarpar, midiendo la marea comentan en voz baja la ausencia de ballenas. Hace años, los más viejos lo atestiguan, se podían otear desde el promontorio. Esa franja de agua era paso de ballenas, ahora es un camino olvidado, solo transitado por bestias de hierro y óxido.

Lo miran con desconfianza, no lo reconocen como uno de los suyos, en sus manos no brillan escamas incrustadas. Fuma. Sólo piensa en partir, asomado a una proa.

El tabaco le transmite la confianza de un timón acariciado durante años. La luz le despide sobre las rocas, acantilados de la mirada perdida. Vuelve a casa, le esperan sus papeles. No encuentra longitud ni latitud. Esos mapas sobre la mesa no le llevan a ninguna parte.





PRAIA DE VAGUEIRA

*O mar é um poema inacabado
com versos em constante mudança
e voz agitada.*

*A muralha das dunas
não consegue conter toda a sua fúria,
um barulho que se espalha e envolve.*

*Somos sombras na areia,
desenhadas com traços hábeis
pela lua em plenitude.
Há alguma oração no silêncio úmido,
em manter o ar nos pulmões,
em manter as mãos nos bolsos.*

*Não muito longe o farol nos chama;
está ficando tarde
e o mar ruge selvagem.
Damos pequenos passos
com a cabeça baixa,
retornamos de certa forma ungidos.*

PLAYA DE VAGUEIRA

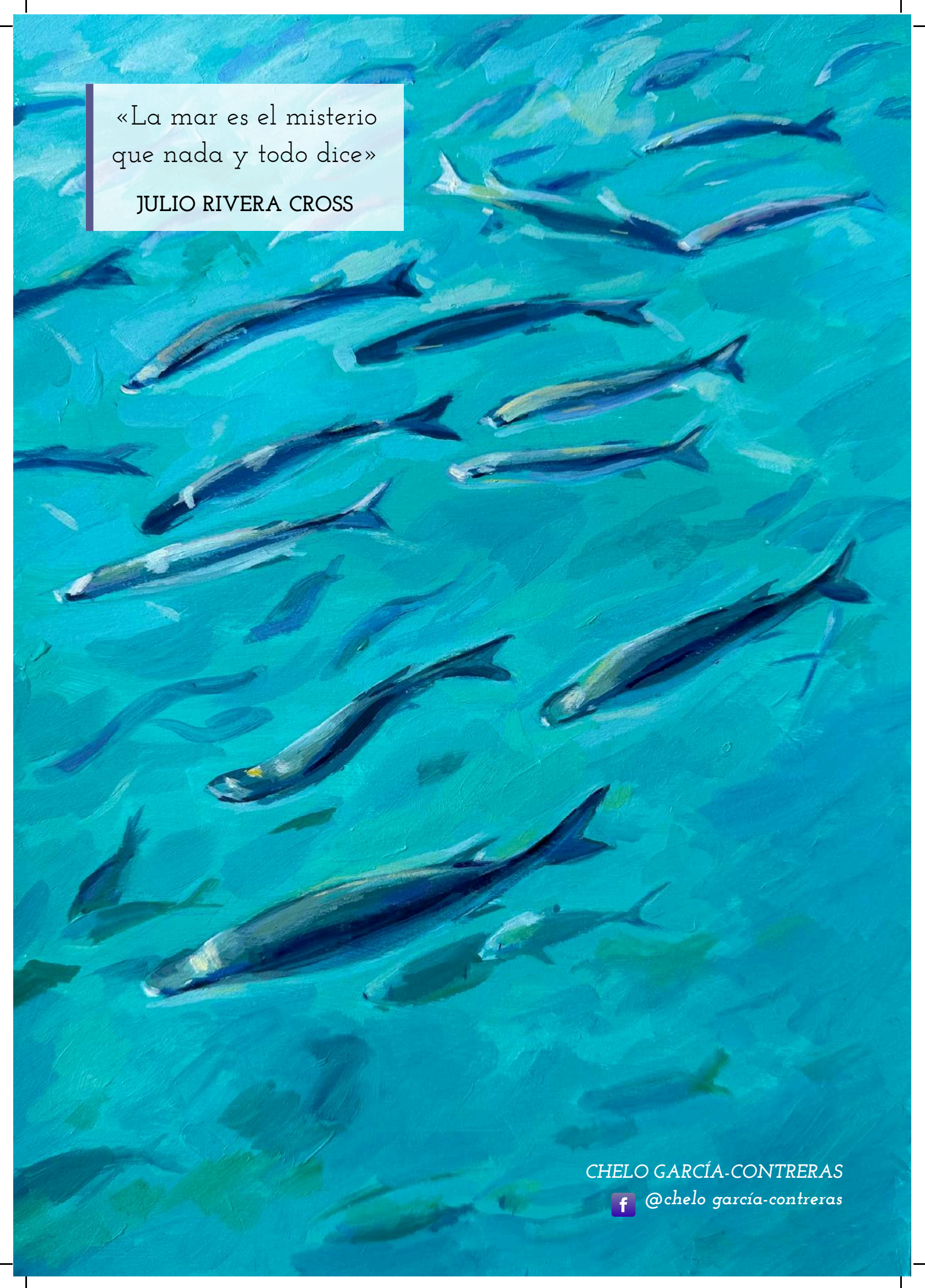
*El mar es un poema inacabado
con versos en incesante mudanza
y voz enardecida.*

*La muralla de dunas
no puede contener toda su furia,
un bramido que se extiende y envuelve.*

*Somos sombras sobre la arena,
dibujadas con trazo hábil
por la luna en su plenitud.
Hay algo de oración en el silencio humedecido,
en mantener el aire en los pulmones,
en guardar en los bolsillos las manos.*

*No muy lejos el faro nos convoca;
se hace tarde,
y el mar ruge salvaje.
Damos pasos pequeños
con la cabeza gacha,
volvemos en cierta manera ungidos.*

Pedro Sánchez Sanz,
poema inédito
dedicado al poeta João de Mancelos.



«La mar es el misterio
que nada y todo dice»

JULIO RIVERA CROSS

CHELO GARCÍA-CONTRERAS

 @chelo_garcía-contreras

EL MAR DE JULIO RIVERA CROSS

MARIBEL TEJERO

@M Isabel Tejero Toledo 

Dice Mauricio Gil Cano en el prólogo de *Un pájaro en el aire* que «Julio es un poeta *albertiano*, se oye el mar en sus versos y Machado se queda para siempre en el corazón del maestro». Yo no quisiera que este artículo sobre mi querido amigo Julio Rivera cayese en una admiración y empatía exageradas, que no hiciese verdadera justicia a la concepción *machadiana* profunda de su poesía como palabra en el tiempo.

Desde el nacimiento de su obra poética se asoma a sus recuerdos, remonta al río de la vida para hacerse consciente de la importancia de la palabra, y asomándose al mar atardece en el otoño de su tiempo. Sobrevienen su infancia, los sueños, la luz, la ausencia, el olvido, el amor el erotismo, los temas sociales, el Mar. Fue incluido en la *Antología breve de poetas andaluces* editada en Moguer con motivo del homenaje a Juan Ramón Jiménez. En 1985 publica su primer libro *El Fuego de su Música*, en 1993 *Ruedas* y en el 2000 *Al sur del Sur*. Al mismo tiempo que colabora, entre otras, en las revistas El Unicornio, Almoraima o Altazor.

Su último libro, *Un pájaro en el aire* (Ed. El Boletín, 2023), se suma a otras catorce obras publicadas, entre las que destacan, además de las ya citadas: *Al otro lado*, *La Piel del Tiempo* o *Habitación en la tierra*.

En el 2005 recibe el Premio Cálamo de poesía erótica por la obra *Caminos por tu cuerpo*. En el Puerto de Santa María dirigió durante años la prestigiosa tertulia literaria y cultural “El Ermitaño”.

Actualmente dirige su colección de poesía en la que se convoca cada año el premio de “El Ermitaño”. Ya son 12 años los que lleva convocándose el galardón.

Desde hace años reside en El Puerto de Santa María, localidad en la que ha desarrollado su labor como pedagogo y orientador del sistema educativo.

De él mismo dice que su voz son muchas voces pero que siempre intenta taladrar, inquirir, colocar las sílabas en la mente del lector llegando al lugar más sensible. La poesía nos hace conocer, no comprender. Sin la poesía me hubiera muerto ya.

Me une a él una inquebrantable amistad desde hace más de 54 años. Cuando nos conocimos a mi llegada a Jerez (1971) desde su labor educativa. Por entonces, la EGB se implantaba y la provincia de Cádiz fue piloto. La inspección de enseñanza, los centros de colaboración pedagógica... Más tarde el EPOE desde donde la profesionalidad de Julio fue patente.

Teníamos un gran amigo común, Gerardo Alonso, cuya familia era amiga de la mía. Durante una visita a Jerez decidí quedarme aquí como maestra. El vínculo del amor a la poesía también nos unió pues yo comenzaba ya a escribir mis versos.

El mar y el poeta van de la mano en esa singladura. Hoy hago más estas palabras que un día me dijo: *Aún no tenía cuatro años, cuando desde la azotea de mi casa en la calle San Pablo, los días de poniente, sentía que atravesando los jaramagos amarillos de los tejados, venía hacia mí un esplendor indefinible, inasible que me encendía, me alzaba.*

Entonces, le pregunté a mi padre que era aquello, y él lacónicamente respondía: "es el mar, hijo, la mar". Le dije: "yo quiero verlo". Y él me dijo que cuando cumpliera los cuatro, me llevaría, y así lo hizo: en un tren que tardaba horas en llegar al Puerto, y después andando hasta Valdelagrana por fin lo ví, y cayendo de rodillas lloré, me adentré en él, vestido. Y me prometí vivir siempre frente a él.

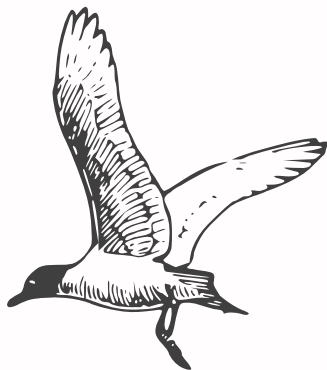
Cincuenta años llevo viéndolo desde mi despacho. En Jerez no me lo han perdonado. Si me tiendo bajo un árbol, que tanto amo, soy feliz, pero lo que siento es la identidad de mi raíz, lo que está y no se ha ido. La mar, sin embargo, mujer misteriosa, nunca es igual: siempre la misma pero cambiando continuamente.

Verde, esmeralda, turquesa, amatista, con olas con sus crestas y valles, hijas de la luna, o las mareas, qué olor me traen, las borrascas. La mar es esperanza, siempre andando sobre ella, como decía Machado, sus estelas, el camino son los caminos. Pero lo que más me atrae del mar es lo que no se ve: los piélagos del tiempo, las cavernas con dragones y sirenas, tritones, la música de sus ocarinas. Y la orilla, hirviendo su espuma sobre la arena de sus playas o calas, andar, mojándome los tobillos, las gaviotas graznando. En resumen, la mar para mí es lo contemplado, su adagio irrepitible, el misterio que nada y todo dice.

He tratado de plasmar sus palabras tal y como me las dijo en aquella conversación lenta donde los amigos nos miramos y acercamos las manos para sentir que el tiempo sigue uniendo nuestros corazones, sintiendo la poesía como esa dulce marea que une nuestras orillas. Desde mi admiración por el maestro he tratado dejar su palabra en ese horizonte infinito del cielo y el mar símbolo de mi amistad y admiración profundas.

SILENCIO DEL ROMANCE

*Silencio junto al mar,
una tarde ya muy tarde.
Silencio del poema.
Silencio del Romance.
Una orilla de espumas,
de olas bramante,
que cruzan las gaviotas
con sus alas de sable.
El cielo sobre la mar
es de color de sangre.
En la arena se estanca
la quilla de la nave.
El antiguo cansancio
del río al mar se abre.
Lo que el tiempo se lleva
es de todo y de nadie.
Romance que se muere.
Romance de romance:
la luna por la orilla
la estrella por el aire.*



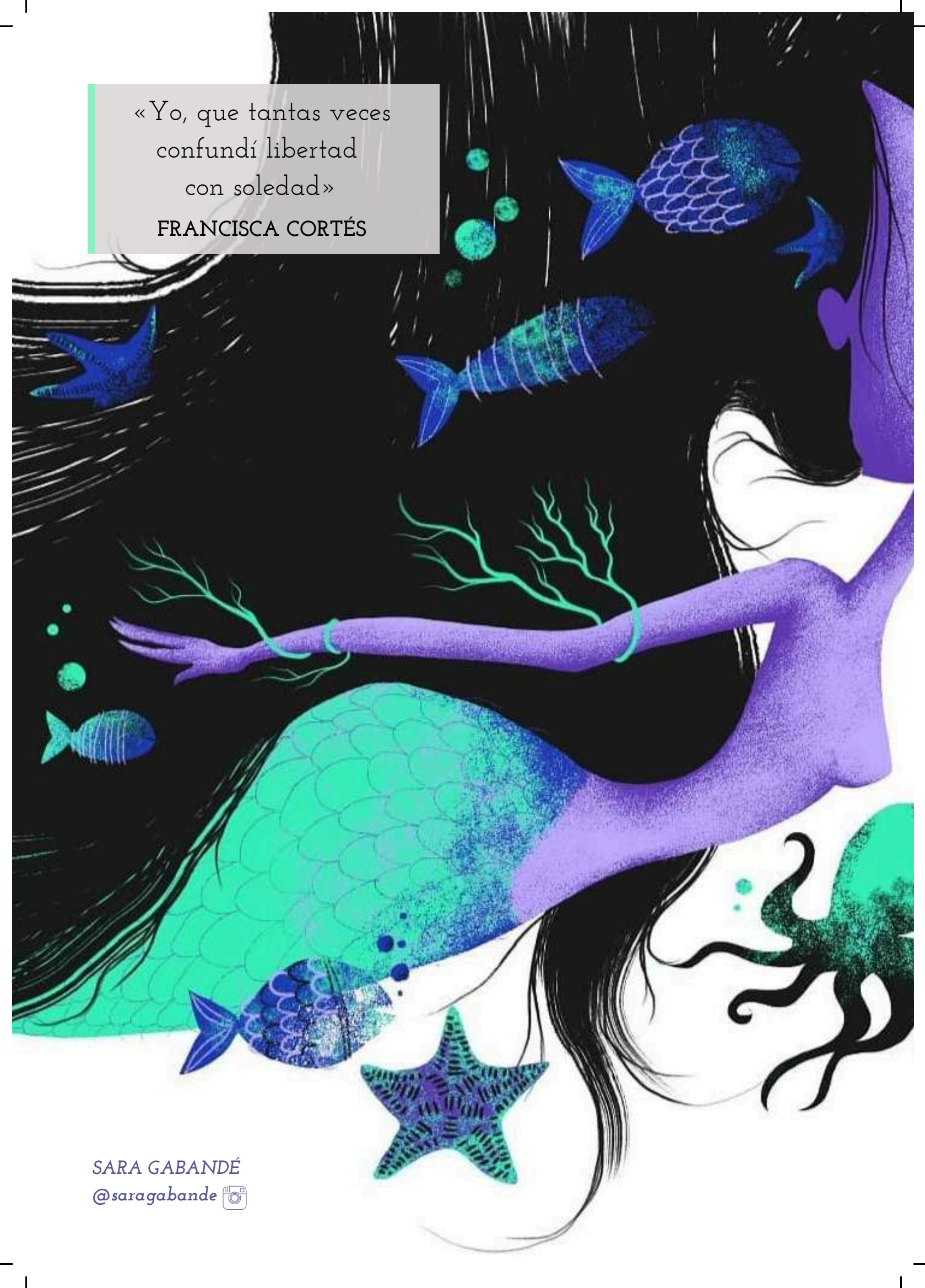
Julio Rivera Cross,
Un pájaro en el aire
(Ed. EL Boletín, 2023).

«Yo, que tantas veces
confundí libertad
con soledad»

FRANCISCA CORTÉS

SARA GABANDÉ

@saragabande 





CONFESIÓN EN EL CENTRO DEL TORNADO

FRANCISCA CORTÉS

@pakpmp 

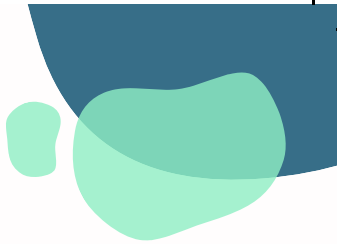
Yo, que siempre me he considerado una mujer valiente, una persona valiente y, aun teniendo mucho miedo, nunca rehúyo la contienda —como quien se tira por un precipicio porque tiene miedo a volar—.

Yo, una hormiguita en el cuerpo de una elefanta. Yo, que paso de ser un halo de luz deslumbrante, a ser una inmensa sombra en la que resguardarse.

Yo, que no uso espejos para verme, porque soy mi propio espejo.

Yo, abrumada y entera a partes iguales. Esa a la que decían: «Paquita, ¡habla más fuerte!», «Paquita, ¿otro abrazo? ¡Qué pesada!».

Yo, que he sido siempre unos pies de loto aprisionados en una eterna venda para poder encajar, para no ocupar mucho espacio, para opacar mi presencia y no molestar, para no incomodar. Yo, esos pequeños pies de loto diminutos y deformes, en esa estrechez cotidiana, forzada y forzosa.



Yo, que he explotado en mil pedazos y estoy en el difícil e interminable camino de hacer *Kintsugi* con ellos hasta emerger en mí misma.

Yo, que tantas veces confundí libertad con soledad. Autoexiliada de todo arraigo familiar y personal porque se me amontonaban las heridas.

Yo, con todas mis costuras, y en el centro del tornado más hermoso y brutal jamás visto.

Yo, que habiendo agotado el vocabulario completo que define las emociones humanas invento palabras para definir sutilezas eternamente divisibles en porciones más pequeñas, sabiendo que jamás llegará a la medida del átomo porque ésta es una división infinita.

Yo, analítica y emocional, segura y vacilante a partes iguales, que reparte amor y sonrisas como el viento esparce las semillas en el campo, pero aún le cuesta recoger.

Yo, que me sé diferente, con mis grandezas y mis miserias. Que adoro mi cuerpo siendo éste la máxima expresión del sufrimiento y del placer a mismo tiempo y en el mismo espacio.

Yo, diminuta e inmensa. Que hago y deshago nudos en mi garganta como si fuera la más experta en cabuyería del mundo.

Yo, que aún no sé odiar, que me cuesta sacar la rabia y me reconozco inmensamente vulnerable.

Me convierto en esponja y absorbo por cada poro de mi piel, gota tras gota de vida que me es regalada.

Aprendo y acepto este momento, esta pausa tormentosa en la que me encuentro, esta calma inquieta y me dispongo a ofrecer al mundo aquello que necesito, sin perder mi brújula entendiéndolo, por fin, que yo soy lo más importante, que hace mucho que no hago aquello que no quiero hacer y, que me permito todo aquello que quiero hacer, aunque me paralice el miedo.

Me reconozco, grande y ostentosa, hermosa y sutil, radiante y asustadiza, generosa.

Me reconozco y avanzo con cada movimiento de mi corazón.

Me reconozco y me abrazo porque, por fin, empiezo a entender que no hay nada mejor que pueda ser, que yo misma.



A PULSO

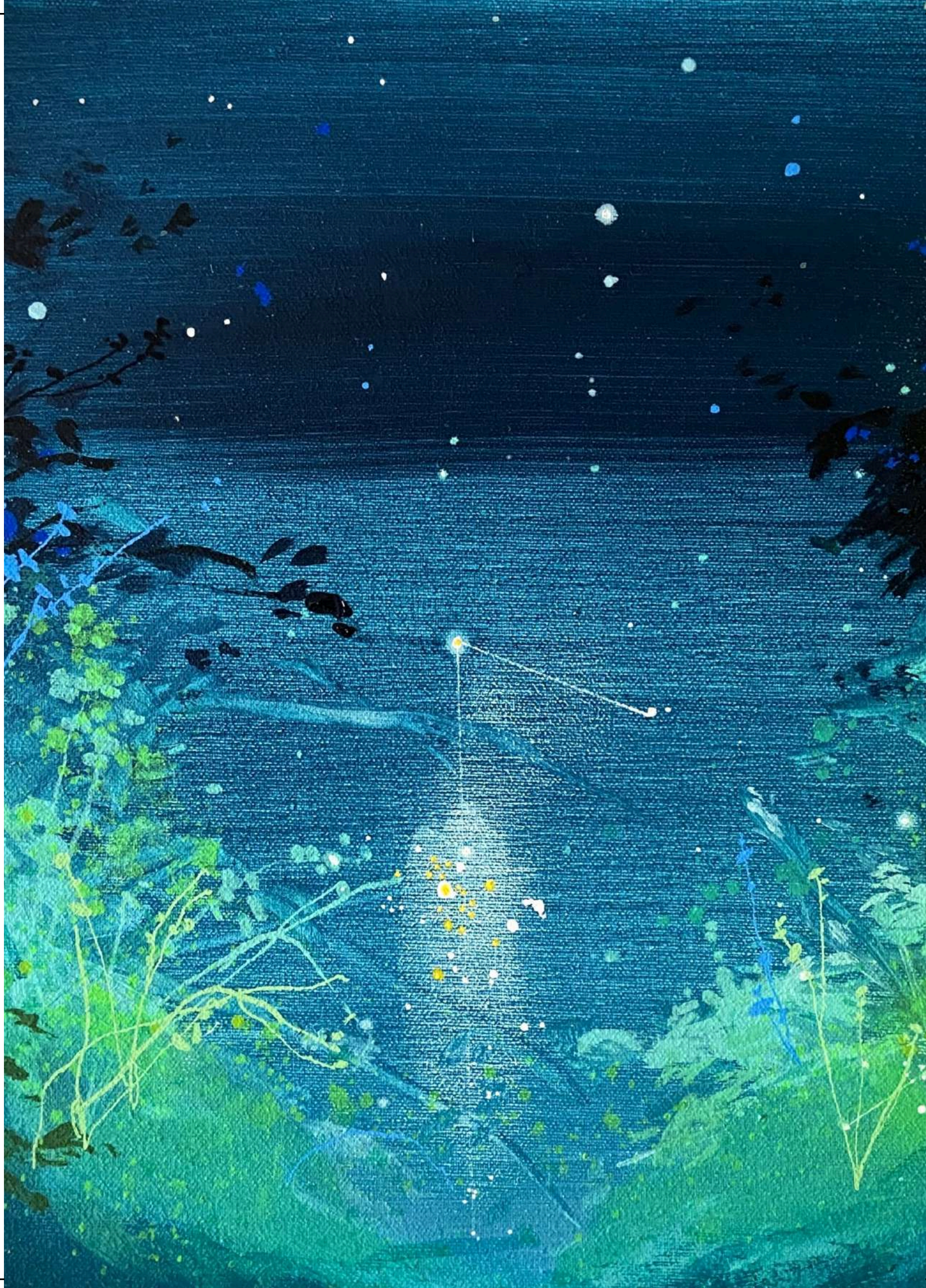
Me subiste a pulso del agua, y creías estar a muchos metros sobre mí.

Lo que no sabías es que respiro en todos los niveles. Llegar al fondo no me asusta. Tú sabes del mar y su ira.

Sus sacudidas rompen tu sistema por completo. En cambio, soy capaz de parir en mitad de la tormenta mientras el frío te ahoga y te destruye. Ya no duele la herida del anzuelo.

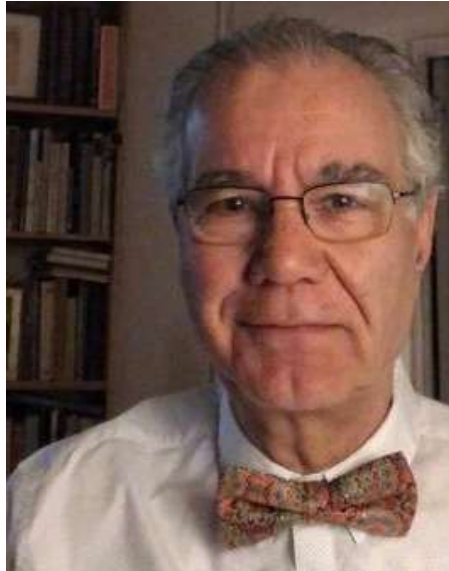
Aprendí a sellar mis labios y a no perseguir por amor las estelas de los barcos.

Rosario Troncoso,
Vuelo Rasante
(Editorial Juglar, 2024).






COLOFÓN: TRAVESÍA



HILARIO BARRERO

@hbarrero 

La nave va a zarpar, desde la otra orilla se escucha un saludo y EnVerso, junio corazón de fuego, se convierte en un espacio mágico y seguro, las velas son de seda y un «marinero diciendo viene un cantar». Nada que temer: ni a las sirenas de voces seductoras ni a los atrevidos Ulises de agua. Vamos amarrados al palo mayor de la palabra y de la belleza y partiendo de Jerez, nos dirigimos, pasando, por ciudades de rascacielos y melancolías, a Ítaca: la tierra prometida donde todo es posible.

El visillo de Cádiz / ondea en la bahía / dejando al descubierto / barcos que se han secado / enraizados de algas. // En la cámara oscura / una brida de plata / rejonea la cal de un toro bravo / que brama en La caleta. // Mirando el mar respiro / la sal que se evapora. / Y crezco en ti.

Durante la travesía escuchamos la voz estremecida de un marinero inolvidable, trabajando en su corral de muertos, que nos enseña la ruta más segura para llegar a la elegía final: la de la azada y el olvido. Nos acompañan poetas, prosistas e ilustradores que nos hablan del drama, de la hondura, el misterio del mar, y de los mares del 27. Oímos el lamento de las ballenas y sentimos el latido de las corrientes.

Sentimos el grafiti del Omeya / en el muro de cal de Azahara, / rompimos la clausura del estanque / en el último patio del palacio, / en el muro leímos el soneto, / bebimos en la aguja de la alberca / y el cruzar por el puente romano, / Torre de Calahorra iluminada, / fui pisando tu sombra por la acera.

Un viajero, alejado de su tierra, con un ejemplar de EnVerso en sus manos que le acaba de llegar a Nueva York desde Jerez de la Frontera, espera que ilumine la soledad, llene un vacío, dé muerte a la muerte y encienda una vida, que la palabra nos enseñe el “otro” significado, el que sólo conocen los poetas.

Y que al llegar al final del viaje, sin que nos espere Penélope ni nos ladre Argos, sintamos un navajazo de melancolía en el corazón y un fuego frío en la mente, como si nos hubieran volado, como le gustaba decir a Emily Dickinson, la tapa de los sesos.

El arte de EnVerso lo ponen:

MARÍA ORTEGA ESTEPA (Córdoba, 1983): La portada de este número viene firmada por una artista fácilmente reconocible, María Ortega. Su obra se sitúa entre la pintura y el mural, la mayor parte de las veces materializada en proyectos comunitarios de índole social y educativo, interactuando siempre con el público en el proceso o en la ejecución final. Esta pintora cordobesa, licenciada en BBAA, completa su formación en la *Accademia di Belle Arti di Brera* en Milán, es doctoranda y Máster en Arteterapia y aplicaciones del Arte para el Diálogo y la Intervención social de la Universidad Pablo de Olavide y Premio ARTE Y COMPROMISO de la mencionada Universidad. Recientemente ha sido invitada a exponer su obra en el 75 aniversario de la revista ELLE España.

ACADEMIA ART 3: Equipo formado por los artistas y docentes Elisa Soria (Jerez, 1968) y Miguel Castilla (Murcia, 1969). Ambos exponen asiduamente, de forma colectiva e individual, siendo galardonados en numerosos certámenes, de pintura rápida. Miguel Castilla es también conocido por haber obtenido el Primer Premio en el Certamen Paleta de Colores, (Jerez, 2023).

YOVANI BOZA (Oliva de la Frontera, Badajoz, 1987): Artista Plástico, Doctor en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla, investigador y docente. Desde la experimentación pictórica, profundiza en temas como el retrato y las tradiciones a través de la interpretación de la realidad de la materia, demostrando en cada pincelada un profundo sentido de la observación de la naturaleza.

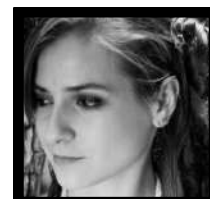
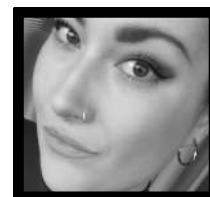
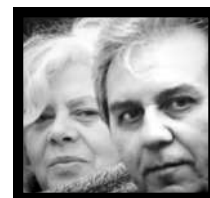
CRISTINA DÍAZ (Sevilla, 1972): Licenciada en BBAA, se dedica plenamente a la creación pictórica, en la que prima el estudio del paisaje. Ha obtenido el Premio de Dibujo Antonio López García (2016) y el Premio Director's Choice en la Art Fair Amsterdam (2023). Entre sus exposiciones destacan las Ferias de Arte de Gijón, París, Mónaco, Ámsterdam y Bruselas.

DÚO Equipo Creativo: Pareja dedicada a la investigación práctica de la estampación sostenible, formado por los licenciados en BBAA y docentes Gabriela Diosdado (Jerez, 1961) y Domingo Martínez (Sevilla, 1962), quien es además conocido por publicar en diferentes medios como *ABC* o *El Periódico del Guadalete* y por coordinar el Suplemento de Educación de *Diario de Jerez* desde 2003.

LAURA FRANCO (Sevilla, 1987): Licenciada en BBAA, artista plástica con formación en arteterapia y maquillaje profesional. Su obra se nutre del cine y la fotografía, prestando especial atención al estudio de la naturaleza y la expresividad del retrato. Actualmente, se dedica de forma profesional al mundo del arte, realizando exposiciones, proyectos y encargos artísticos.

SARA GABANDÉ (Madrid, 1984): Ilustradora, Licenciada en Bellas Artes y Máster en ilustración digital en CICE (Escuela Profesional de Nuevas Tecnologías, Madrid). Su obra, caracterizada por la dulzura de su trazo y su deliciosa sensibilidad, se desenvuelve en un ambiente onírico e irreal, pero mostrando siempre un profundo interés por el trasfondo de las emociones humanas.

CHELO GARCÍA-CONTRERAS (Guadix, Granada, 1963): Estudió Historia del Arte y es licenciada en BBAA por la Universidad de Granada. Compagina la docencia con la investigación, la pintura, la escultura y la instalación. Participa en exposiciones colectivas y es miembro del comisariado de la Bienal Internacional de Arte y Escuela de Torre del Mar (Málaga).

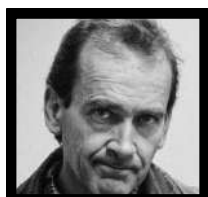




VIOLETA GIL (Huelva, 1985): Licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid en 2011 en la especialidad de pintura. Su obra es reconocible por la experimentación cromática y el uso recurrente del mar. Ha desarrollado su obra entre las ciudades de Huelva, Sevilla y Málaga donde actualmente reside.



ANTONIO LARA (Jerez de la Frontera, 1985): Licenciado en BBAA en pintura y restauración. Sus obras se encuentran repartidas en diferentes colecciones públicas y privadas, como la fundación Maxam o el Museo de Realismo de Almería. Entre sus méritos artísticos destacan el Premio de Pintura de la Bienal de Albacete y el XLVIII Premio Homenaje a Rafael Zabaleta (Quesada, Jaen).



CHEMA LUMBRERAS (Málaga 1957): Artista plástico de prestigio internacional. Ha expuesto en importantes galerías europeas y participado en ferias de Arte Contemporáneo como ARTE LISBOA o ARCO. Su obra se encuentra en colecciones públicas (Fundación Coca-Cola, CAAC Sevilla, CAC Málaga, Colección Unicaja...), así como en importantes colecciones privadas.



JOSÉ MATEOS (Jerez de la Frontera, 1963): Poeta, ensayista, dramaturgo, narrador, editor y pintor. Su poesía ha sido recopilada en volúmenes como *Reunión* (Comares, 2006), *Poesía esencial* (Renacimiento, 2016) y *Los nombres que te he dado* (Vandalia, 2024). Como pintor destaca por sus delicadas y nebulosas acuarelas, en las que la luz es la principal protagonista.



FRAN MORA (Valverde del Camino, Huelva, 1979): Artista plástico, de trazo sencillo y vibrante, reconocido a nivel mundial por la calidad de sus obras. Becado en Francia, Italia y Marruecos, cuenta en su haber con premios tan importantes como la Medalla de Honor del XXIX Certamen BMW de pintura (2012), el Premio Arte-joven (2010) o el Premio Virgen de las Viñas (2014).



SERGIO M. MORENO (Jerez, 1982): Licenciado en BBAA y Máster en Humanidades y Artes por la UOC. Representó a España, en las BJCEM de Sköppe (2009) y Tesalónica (2011). Entre sus galardones destacan el XXXVII Premio de Poesía Joaquín Lobato (Vélez-Málaga, 2025), el LXIX Premio de Poesía Alcaraván (Arcos, 2022) y el XVIII Premio Internacional de Poesía. José María Valverde (Barcelona, 2014).



JAIME PANDELET (Sevilla, 1973): Licenciado en BBAA por la Universidad de Sevilla y profesor de secundaria desde 2005. Pintor de mirada analítica y predilección por el estudio del paisaje. Su obra, asiduamente expuesta en colecciones y galerías, se concibe como una manifestación pulcra, sin desvaríos, donde cualquier lugar se convierte en un relato pictórico.




FERNANDO TORO (Jerez de la Frontera 1959): Premiado pintor, grabador y escultor, cuyas obras se han exhibido a nivel nacional e internacional, destacando sus muestras en Reino Unido y EEUU. Posee un estilo figurativo distintivo y un amplio abanico temático, aunque el caballo jerezano siempre ha sido uno de sus temas predilectos.



REIHMATSU (A Coruña, 1993): Ilustradora y escritora que aborda los temas de la feminidad y a la fantasía. Sus obras plasman un profundo mundo interior cuajado de matices. En 2020 vio la luz su primer libro *Mi corazón que crece entre espinas*. Actualmente, compagina la ilustración digital por encargo con otros proyectos artísticos propios como *Auto-arte-terapia* y *Daysketchbook*.



CHEMA LUMBRERAS
@chemalumbreras 

Puerta abierta a la cultura



www.ateneodejerez.es

PVP: 10 euros

